



del Fondo de Cultura Económica

Latinos del norte

Cultura y literatura de Quebec

William Carlos Williams •
La fundación de
Quebec

Victor-Lévy Beaulieu •
Monsieur Melville

Gérard Bouchard •
Génesis
del Nuevo Mundo



• **Denis Vaugeois**
Los dones
de las Américas al mundo

• **Jean Hamelin**
y **Jean Provencher**
Francia
se instala en América

Narrativa, ensayo y poesía de Quebec
comentados por Jean Françoise Chassay, Gilles Pellerin y Bernard Pozier



Textos y poemas de
Anne Hébert, Gaston Miron, Gatién Lapointe, Alí Chumacero,
Claude Beausoleil y Louis Jolicœur





del Fondo de Cultura Económica

DIRECTORA
Consuelo Sáizar Guerrero

EDITOR
David Medina Portillo

CONSEJO DE REDACCIÓN
Adolfo Castañón,
Joaquín Díez-Canedo Flores,
María del Carmen Farías,
Daniel Goldin,
Lorena E. Hernández,
Francisco Hinojosa,
Ricardo Nudelman
ARGENTINA: Alejandro Katz
BRASIL: Isaac Vinic
CHILE: Julián Sau Aguayo
COLOMBIA: Juan Camilo Sierra
ESPAÑA: Juan Guillermo López
ESTADOS UNIDOS: Jaime Aljure
GUATEMALA: Sagrario Castellanos
PERÚ: Carlos Maza
VENEZUELA: Pedro Tucac

REDACCIÓN
Marco Antonio Pulido

PRODUCCIÓN
Vincula, S. A. de C. V.
IMPRESIÓN
Impresora y Encuadernadora
Progreso, S. A. de C. V.



La Gaceta del Fondo de Cultura Económica es una publicación mensual editada por el Fondo de Cultura Económica, con domicilio en Carretera Picacho-Ajusco 227, Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, Distrito Federal, México. Editor responsable: David Medina Portillo. Certificado de Licitud de Título número 8635 y de Licitud de Contenido número 6080, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de junio de 1995. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* es un nombre registrado en el Instituto Nacional del Derecho de Autor, con el número 04-2001-112210102100, de fecha 22 de noviembre de 2001. Registro Postal, Publicación Periódica: PP09-0206. Distribuida por el propio Fondo de Cultura Económica.

Correo electrónico: lagacetafce@fce.com.mx

SUMARIO

NOVIEMBRE, 2003

- GASTON MIRON: En la plaza pública • 3**
WILLIAM CARLOS WILLIAMS: La fundación de Quebec • 4
DENIS VAUGEOIS: Los dones de las Américas al mundo • 7
JEAN FRANÇOISE CHASSAY: El hilo de la memoria • 10
VICTOR-LÉVY BEAULIEU: Monsieur Melville • 11
GILLES PELLERIN: ¿Un género sin historia? • 14
LOUIS JOLICŒUR: Nadette y otros nombres • 16
BERNARD POZIER: Había una vez la poesía quebequense • 17
GATIEN LAPOINTE: La primavera de Quebec • 20
ALÍ CHUMACERO: Elegía de la imagen / Élégie de l'image • 21
ANNE HÉBERT: Kamouraska • 22
JEAN HAMELIN Y JEAN PROVENCHER: Francia se instala en América • 25
CLAUDE BEAUSOLEIL: Una amiga de Montreal • 27
GÉRARD BOUCHARD: Génesis del Nuevo Mundo • 28



« **Ilustraciones tomadas de *La generosidad del indígena. Dones de las Américas al mundo*, de Louise Côté, Louis Tardivel y Denis Vaugois, Sección de Obras de Historia del FCE, 2003** »

NOVIEMBRE, 2003

SUMARIO

En la plaza pública

(recurso didáctico)

 **Gastón Miron**

Traducción de Marco Antonio Campos

Mis camaradas en el largo decurso de mi juventud
si fui el destacado lugar de mi poema ahora
estoy en la plaza pública con los míos
y mi poema toma el bocado oscuro de nuestros combates

Por mucho tiempo fui ese poeta de rostro conforme
que temblaba en los paralelos de sus pensamientos
que padecía de furia en la seda de sus desesperanzas
y su corazón se burlaba altivo del desbordamiento de las
injusticias

Ahora sé nosotros seres angustiados por el siglo
veo nuestra inferioridad y me duele en cada uno de nosotros

Hoy en la plaza pública que murmura
oigo a la bestia volverse sobre nuestros pasos
oigo brotar en el gran inconsciente resinoso
los torbellinos de la tala de nuestras cóleras

Mi amor, estás aquí, orgullosa en estos días
nos amamos con una fuerza igual a la que nos separa
el rancio olor a metal y a intereses ruinosos
tú sabes que puedo regresar y quedarme a tu lado
no es la sangre, ni la anarquía o la guerra
y sin embargo lucho, te lo juro, lucho
porque estoy en peligro desde mí mismo hacia ti
y ambos lo estamos desde nosotros mismos a los otros

Los poetas de este tiempo montan la guardia del mundo
pues el peligro está en nuestras vigas, la confusión
un ocaso en nuestras profundidades y nuestras superficies
nuestras conciencias están esparcidas en los escombros
de nuestros espejos, nuestros gestos simulacros de libertad
ya no canto empujo la piedra de mi cuerpo

Estoy en la plaza pública con los míos
la poesía no tiene por qué ruborizarse de mí
supe que una esperanza levantaba este mundo hasta aquí

• Tomado de *Latinos del norte. Antología de poesía de Quebec, selección y prólogo de Bernard Pozier, traducción de Marco Antonio Campos y Mónica Mansour, recientemente publicado por el FCE (colección Tierra Firme) en colaboración con Écrits des Forges de Quebec.*

La fundación de Quebec

✎ William Carlos Williams

► Tomado de *En la raíz de América. Iluminaciones sobre la historia de un continente*, publicado recientemente en la colección Noema (FCE-Turner).

¿Por qué no puedo quedarme sentado aquí pensando tranquila, sencilla y afectuosamente en aquél el más delicioso de los hombres, Champlain, sin ofenderte? Samuel de Champlain, natural de Brouage en el Golfo de Vizcaya, si recuerdas bien. Su padre era almirante en la armada de Enrique de Navarra. Este sí que era un hombre. Este sí que es un hombre en cuerpo y alma, de los que a mí me gustan. ¿Que sólo lo encontramos en un libro? Lo mismo puede decirse de mí, solamente en un libro. ¿Entiendes? Aquí al menos encuentro aquello que amo. Quiero decir que aquí está la clave, con toda precisión, mi propio mundo, el mundo en el que yo respiro y donde camino y vivo —en contra de lo que tú presentas—. ¡No, no! Sigo insistiendo. Vivimos en mundos diferentes.

Hay un pasaje entre las obras de Maquiavelo donde dice que al llegar a casa por la noche, polvoriento y cansado del trabajo en el campo, se quita con agrado la ropa de trabajo y se viste para un nuevo papel y que al entrar en su estudio se transforma en un rey. No será un sentimiento demasiado raro pero es una sensación que yo entiendo muy bien. Y no es que sea un gran lector, me canso enseñando de los libros. ¿Hay algo que cansa tanto como un libro? Pero para mí, este Champlain cumple en su persona y hasta la perfección todas las carencias que nosotros sufrimos, aquí. Y a veces, ya sabes, bueno... es una bendición leer un libro... acerca de alguien como él.

Parkman dice "Champlain era un hombre entregado por completo a su objetivo y a su tema, olvidado de sí". ¡Dios mío, estos historiadores! En sus palabras yo creo entender algo exactamente contrario de lo que está escrito: un hombre entregado a sí mismo —suavemente, por eso, con amor, con paciencia, un hombre que no estaba dispuesto a soportar la más pequeña fractura en su forma de hacer las cosas—. Conoció a Champlain y lo siguió, a Champlain, a rajatabla, en todo. Comprobad ahora si lo que digo es cierto.

En la época de la que estoy hablando, él ya había pasado tres años en Norteamérica, penetrando hasta la posición precisa de la ciudad que más tarde fundaría, comerciando, dibujando mapas, trazando las cartas marinas de la costa y pintando acuarelas de todo lo que veía. Y ahora, en Francia, está ya listo para poner en práctica su proyecto y llevarlo a la realidad. Para apoyar su iniciativa sólo pide un favor, dirigido al rey: el monopolio del comercio de las pieles durante tres años. ¡Bien! Consigue que Pont Gravé le financie la empresa y, a su debido tiempo, se pone en camino con tres naos en dirección a la Nueva Francia, un país que, podríamos decir, es una pura y única invención de su cerebro.

Primero el mar. Los dos barcos que se dirigen al Cabo San Lorenzo se pierden de vista mutuamente, habiendo tomado la delantera el de Pont Gravé, como se vio luego. Luego la costa del norte. En esta ocasión se trata, con toda seguridad, de un nuevo mundo: altas montañas con poca tierra cultivable, rocas y arenas cubiertas de abedules y abetos, vientos helados, corrientes poderosas y traicioneras mareas. Pero finalmente llegó al puerto de Tadoussac, su lugar de encuentro, en cuya bocana lanzó el ancla en medio de una tormenta.

Pero ¿qué había sucedido? ¿Dónde está Pont Gravé y el otro barco? El Nuevo Mundo nos presiona a todos; no parece tener final —ni tampoco principio—. Y lo mismo ocurrió con él. Ven que se acerca el bote de un barco. Eso quiere decir que Pont Gravé ha arribado a puerto. Bien. Pero viene un extraño en el esquife. Un vasco. Ha habido problemas.

Para mí, hay todo un universo de placer en el mero hecho de contemplar a aquel francés, a Champlain, un ser diferente a todos los que lo rodeaban, que todo lo observa, que consigue guardar en su interior, con una ternura casi femenina, su proyecto, su visión, entera y completa... sin olvidar su fuerza y ener-



gía para con el detalle —un amor por el detalle exacto—; observando cómo se acercaba hasta su barco aquel simple esquife en aquella bahía helada. Y el interés de la escena que contemplo es este hombre que observa. Este hombre. Este... yo; este americano, una suerte de distribuidor de ondas de radio que nos envía descargas eléctricas a todos nosotros.

Y bien, aquí está el esquife. ¿Qué ha ocurrido? Ah, Pont Gravé está también aquí, desde luego. ¿Y bien? Había un barco vasco en la bahía cuando él llegó, se negaron a acatar las órdenes del Rey y dejar de comerciar con pieles. Una pequeña batalla. Pont Gravé herido. Este vasco que nos acompaña ha venido dispuesto a establecer una tregua. Champlain “estaba muy molesto”, dicen las crónicas, con semejante comienzo. ¡Muy molesto! ¿No es un tesoro?

Y bien ¿qué hacer?, ¿qué es lo primero? Establecer y plantar la colonia este año, *este mismo* año, entiendes. Todo lo demás... se deja de lado. Para empezar, tiene que ver a Pont Gravé. Está herido pero se recuperará. El vasco se aviene a contemporizar. Se establece una tregua. Los carpinteros se ponen a trabajar y como el calado de los barcos dificulta la navegación por el río, pronto se fabrica una pequeña barca. Y en ella, sin esperar a que esté dispuesta la segunda, Champlain, el caballero, el aventurero, el entusiasta, el dibujante de acuarelas... se dispone a marchar y a fundar la ciudad de Quebec.

¿Fue una debilidad no haberse enfrentado *in situ* al español, poniendo en juego su vida para destruirlo? Sí. Drake lo hubiera hecho, y también Raleigh. Colón no. Sí, fue una debilidad, supongo —pero algo inestimable, que no tiene precio, milagroso en aquel lugar y en aquellos tiempos—. Es una suerte de orgullo tan distinto y ajeno a todo lo común que... Bueno, esas cosas se pagan muy caras.

Y ved sus consecuencias. Porque este tipo de cosas acaban por exigir su precio en un hombre. ¿Y a quién le importa de todas maneras mientras ese hombre avanza y avanza y nos conduzca? Quiero decir con ello que lo que aquí encontramos es una energía hermosa que penetró Canadá, y el frío, y el aislamiento, y los salvajes, pero que la hermosura de todo ello radica en el elemento personal.

Es todo ello un fuego, algo perdido... algo perdido que ni el barco, ni los marineros, ni la propia empresa necesitaban. Conturba, atormenta, socava y mina el camino, es una hermosa dificultad en el camino del éxito. Pero vais a ver.

Suben por el río y finalmente llegan al lugar elegido. Aquí se erigirá Quebec. Pero con qué cuidado él ha ido observando y anotando cada isla, cada árbol casi de los que han encontrado en el camino, y cómo ha viajado su imaginación a lo largo de la ruta hasta el oeste y el sur y el norte con los relatos de los indios, haciendo conjeturas y planes acerca de los pueblos, montañas, lagos que algún día habrán de ser descubiertos, con la mayor precisión. Y qué cuidado se toma, con qué exigencia y esfuerzo y también detalle aborda establecer con la máxima precisión, fuera de toda posible controversia, el lugar exacto en el que Jacques Cartier pasó el invierno hace muchos años, que no era el lugar donde la errada imaginación popular había supuesto, sino otro lugar... y cómo llega a establecerlo científicamente sin posibilidad de duda alguna. Este es Champlain.

Pero no me entendáis mal, por eso. Estamos ante un gran aventurero, una energía grandiosa, uno de los más insignes colonizadores de nuestro continente. Conocía nuestra costa del Atlántico Norte de cabo a rabo, había estado en el puerto de Boston, había observado las islas y los árboles que en ellas crecían, había estado en Plymouth —o más bien en el lugar en el que Plymouth estaría— 15 años antes que los Padres Peregrinos. Y, además de todo eso, había dejado cartas marinas, mapas, acuarelas, como ya os he dicho, que actualmente son de un valor inestimable.

Recordaréis que había dejado a Pont Gravé recuperándose de su herida en Tadoussac y junto a él, y en el mismo lugar, al vasco; vigilándose uno a otro; mientras que él en persona había emprendido viaje río arriba hasta el lugar elegido para su ciudad. Inmediatamente puso a sus hombres a trabajar, unos a cavar una bodega, otros a cortar árboles para hacer madera, tablas y tablones, y otros a construir con esos materiales. Nos habla de su energía y de su buen humor, y comenta que con un grupo de hombres como aquéllos, los suministros y víveres estarían muy pronto a cubierto. Pero entonces llega por el río la se-

• CALENDARIO •

La participación de Quebec en la FIL Guadalajara como invitado especial este año, se inscribe dentro de un vasto programa que se llevará a cabo en el transcurso del otoño y que tiende a promover la presencia de Quebec en México, poniendo de manifiesto los múltiples lazos de cooperación y de amistad que unen a los dos pueblos. Los promotores oficiales han denominado a dicho programa “Voilà Québec en México”. Se trata así de un encuentro en el que participan decenas de escritores, artistas, universitarios e intelectuales quebequenses, quienes visitan nuestro país con el propósito de dar a conocer la literatura, la cultura y la historia de Quebec.

Esta edición de *La Gaceta* ofrece un panorama de las publicaciones que el FCE ha preparado en torno a Quebec, entre las que se incluyen obras de algunos de los autores (narradores, poetas, historiadores y ensayistas) quebequenses más destacados de la actualidad.



Harold Bloom, el autor de *El canon occidental*. *La escuela y los libros de todos los tiempos* —una de las obras más discutidas y discutibles en las últimas décadas en cuanto a crítica literaria y cultural se refiere—, recibió el pasado mes de octubre el Premio Internacional Alfonso Reyes 2003, patrocinado por el Conaculta, el INBA y la Sociedad Alfonsina Internacional.

gunda barca con su apoyo. ¿Qué demonio habita en esta tierra? ¿Qué infierno especial se le asignó a este país como provincia?

“Yo me encontraba en el jardín que estaba proyectando”, escribe. ¡En un jardín!, lo encuentro maravilloso. Él estaba en aquel jardín cuando el piloto de la segunda barca llega hasta él con una historia... destinada tan sólo a sus oídos. Champlain se lleva al tipo hasta un bosquecillo cercano y allí oyó lo siguiente: desde el mismo día en que levaron el ancla en Francia, parece ser que había un tipo, al menos, que había planeado asesinarlo. Así se fundó Quebec: desde el primer día. Es el genio de hombres tales como Champlain atraer un destino semejante. Un cerrajero, un tal Jean de Val, era el principal culpable, pero para entonces casi toda la compañía había sido corrompida, y sólo la inesperada llegada de la segunda barca había salvado al Maestro de su muerte segura aquella misma noche. Uno de los conspiradores había confesado.

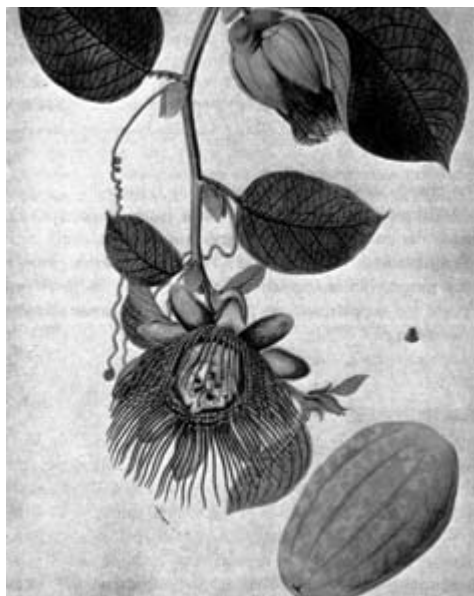
¿No veis que se trata de la claridad misma? El hombre, absorto por completo en su trabajo, ávido, cabalgando más deprisa y también más lejos que sus propios planes... y el destino persiguiéndolo por detrás.

Pero ahora que ha despertado al peligro ¿qué es lo que hace? ¿Qué? ¡No puede ser tan divertido! Date cuenta de que su vida está amenazada. Hace que el piloto, su informante, le envíe a los cuatro felones principales dos botellas de vino procedentes de la segunda barca, un regalo, digamos, de sus amigos los vascos, y ¿serían tan amables de venir a cenar con él, a bordo, aquella noche?

Claro que fueron y ahí los captura. ¿Qué me dices, entonces? Pero primero tiene que mantener un parlamento con el hombre que le reveló el complot. Yo ya veo con toda claridad la confusión del rostro de aquel hombre. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué han querido matarlo, a él, a Champlain? Los perdonará a todos, excepto a esos cuatro, si consigue saber los motivos.

No los hay, no hay motivo, excepto que habían imaginado que si entregaban el lugar en manos de los vascos y los españoles, quizá todos ellos se harían ricos y que no querían volver a Francia.

¿Qué os parece como respuesta? sencilla ¿verdad? Imaginad lo que Cham-



plain pensaría al oír aquello, él que había sido educado y alimentado en el mar, un francés —probablemente nunca más a gusto y en su lugar que cuando estaba solo, fuera de Francia, con la cabeza bien alta y vigilante espionando con curiosidad el desierto salvaje—. Y ahora que apresa a esos cuatro y les pone las esposas, imaginad lo que viene a continuación. Los lleva personalmente río abajo en la barca hasta Tadoussac y allí convoca un consejo: Pont Gravé, el capitán del navío, el cirujano, el suboficial y otros marineros... y él mismo. ¿Lo puedes mejorar?

Decidieron que una sola ejecución, la de aquel hombre Jean de Val, sería suficiente y también necesaria para intimidar a los españoles que estaban por todas partes. Los otros tres deberían ser devueltos a Francia para ser juzgados allá. Y así fue que ahorcaron y colgaron a De Val y empalaron su cabeza en una pica. Para mí todo el proceso es maravilloso... todo, en cada una de sus fases.

Y a continuación él, Champlain, retornó río arriba, hizo un cuidadoso inventario de las provisiones que aquellos bellacos habían derrochado penosamente... y siguió con el proyecto de su ciudad.

(Su amigo replica.)

Al diablo con todo eso: coleccionar cuadros para Francia... o para la ciencia... ¡o incluso por amor al arte! ¿Qué aporta todo eso al Nuevo Mundo? No. Ya sé lo que quieres decir. Un cierto espíritu de resignación. Literatura. Libros... una biblioteca. Buenas noches, pues. Ése no eres tú. ¡Tú!

Y ésa es la razón por la que Francia no triunfó aquí. Es el sentido latino, o gaélico o celta de continuidad histórica. Retrocedamos a los orígenes, romanos, griegos, fenicios, egipcios, árabes —judíos—; retrocedamos hasta las raíces de cada una de las culturas del mundo. China. Ésa es vuestra debilidad, franceses: que plantáis una gota de vuestra preciosa sangre en las más alejadas venas, en el desierto salvaje y fantaseáis creyendo que ese pequeño incremento hace de esa vena una sangre francesa... que mediante ese gesto ¡el desierto salvaje sufre una conversión!, civilizado al fin, un nuevo eslabón de la cadena. Nunca. Por más grande que sea vuestro deseo.

Rebelión, ferocidad salvaje; una fuerza que os haga saltar, que os arranque de cualquiera que sea vuestro punto de amarre y que os obligue a haceros uno con ella; con el lugar, lo nuevo absoluto, sin ley, pero también la sangre básica donde el salvaje se convierte en hermano. Eso es generoso. Abierto. Una ruptura total.

Champlain no podía hacerlo. El lugar (que hombres más vulgares que él sentían como la fuerza de sus brazos) había sido ultrajado, bueno, eso si tienes razón en lo que dices, y creo que la tienes. Aquellos hombres lo atacaron porque constituía una impertinencia. Con sus mapas, su dedicación a Francia, a la ciencia, a la civilización... con su amabilidad, sus desmayos. Entiéndeme, creo que es maravilloso, si quieres... pero contra un Nuevo Mundo... contra un Nuevo Mundo es sencillamente inconcebible.

¡Ese mundo te reclama! ¡Te reclama! Y tú dimites de tus cargos en razón de... la historia. Evidentemente, dices.

¡La tierra! ¿Es que no la sientes? No te lleva a desear levantarte para salir y sacar con toda ternura de sus tumbas a los indios muertos, para robarles —como si fuera necesario aferrarse a sus cadáveres— algo de su autenticidad, aquello que...

Aquí, no allí.



Los dones de las Américas al mundo

Denis Vaugeois

► **Prólogo a *La generosidad del indígena. Dones de las Américas al mundo*, de Louise Côté, Louis Tardivel y Denis Vaugeois, que nuestra casa editorial pondrá en circulación por estas fechas dentro de la Serie de Obras de Historia.**

Sin la amabilidad, la compasión o simplemente la ayuda de los indígenas, los europeos hubieran requerido mucho más tiempo para establecerse en América. Ellos llegaban de una larga travesía, extenuados, hambrientos e inquietos. Las nuevas tierras los dejaban estupefactos, sus misterios los asustaban. La presencia de seres humanos los tranquilizaba, pero esos hombres y mujeres les resultaban muy extraños. Las descripciones que hacían sobre ellos eran interminables: relataban su aspecto, su desnudez, su libertad, su generosidad —o en ocasiones su crueldad, como en el caso de los caribeños—. En los primeros contactos, los indígenas se presentaban con frecuencia ante los europeos con los brazos llenos de frutas, pequeños animales y otros alimentos. Los indígenas les abrían sus puertas, ofrecían a sus hijas a esos hombres que llegaban sin mujeres.

Para españoles, portugueses, ingleses y franceses el escenario era más o menos el mismo. A los habitantes de Jamestown los salvaron los nativos; la tripulación de Cartier sobrevivió —cuando menos en parte— gracias a la misericordia del jefe Domagaya, y la princesa Chinchona venció la fiebre gracias a la quina. Una vez asegurada su supervivencia, los europeos se dedicaron a buscar riquezas y los indígenas se convirtieron en guías e intérpretes. Serían quienes mostrarían las rutas comerciales, proveerían los me-

dios de transporte y ayudarían a sus aliados en los intercambios.

Los indígenas tenían sus propias rivalidades; los europeos, extenuados por sus intrigas y sus guerras, tomaron partido. Aportaban armas nuevas y más mortíferas. Principalmente portaban, dentro de ellos, microbios desconocidos en esa región del mundo. Las poblaciones amerindias fueron literalmente segadas. Pueblos enteros desaparecieron. Los mismos europeos se contagiaron de enfermedades contra las cuales no estaban inmunizados. Las diferencias de clima y de ambiente no les permitían opción alguna. Pronto adoptaron muchas de las costumbres de los indígenas. Los imperativos de supervivencia en América transformaron a los españoles en mexicanos, a los portugueses en brasileños, a los ingleses en americanos, y a los franceses en canadienses.

Se difundió la idea de que era más fácil transformar a un europeo en “americano” o en “salvaje”, como se decía en la época, que a la inversa. La colonización fue un fenómeno nuevo. A la colonia de explotación se agregó una colonia de población.

Al estudio de las rivalidades europeas se sumaron el de las conquistas y el de los genocidios —consecuencia de las epidemias más que de las guerras—. Algunos especialistas se detuvieron a estudiar las grandes civilizaciones precolumbinas, otros se interrogaron sobre las ventajas y desventajas del contacto entre un mundo viejo y uno nuevo.

Por su parte, Fernand Braudel, después de haber escrito que “la conquista del Nuevo Mundo, es también la expansión de la civilización europea bajo todas sus formas, dicha expansión sosteniendo y garantizando la expansión colonial”, acaba por reconocer que “una vez que entró en la vida de Europa, América cambió poco a poco todos los elementos fundamentales, hasta el punto de reorientar su acción”. Considerando que “el

Crítico, conferenciante y académico reconocido unánimemente, Bloom es autor de una veintena de títulos, caracterizados siempre por un temple polémico puntual así como por su firme pasión por las literaturas clásicas occidentales. En este sentido, el autor de *¿Cómo leer y por qué?* y *Shakespeare, la invención de lo humano*, se hizo merecedor de este premio, dicen los patrocinadores, por su “carácter de crítico literario universal y por ser uno de los pocos críticos literarios del mundo angloparlante que cruza fronteras y se atreve a abordar y problematizar en torno a literaturas distintas de la suya”.

Creado en 1972, el premio que lleva el nombre de uno de los más grandes escritores mexicanos se ha otorgado anteriormente a Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, Alí Chumacero, Ramón Xirau, Adolfo Bioy Casares, Andrés Henestrosa, Juan José Arreola, Jorge Guillén y André Malraux, entre otros.

Recordemos aquí que de Harold Bloom el FCE ha publicado *Los vasos rotos* y *La religión en los Estados Unidos: el nacimiento de la nación poscristiana*.



Este mes se desarrollará en Tamaulipas la segunda edición del Festival Internacional de Literatura Letras en el Golfo, en el que participan autores de la talla del italiano Antonio Tabucchi y del poeta alemán Hans Magnus Enzensberger (Premio Príncipe de Asturias, 2002).

individuo es lo que hace, que se define y se revela por su acción misma, que el ser y el hacer son lo mismo”, Fernand Braudel agrega: “Entonces yo diría que América es el hacer de Europa, la obra con la cual muestra lo mejor de su ser. Pero es una obra cuya realización y terminación son tan lentas, que no adquiere sentido hasta que la vemos en su conjunto, en la plenitud de su duración”. El historiador de *La Méditerranée* permanece fiel a sí mismo y a su “centro del mundo”; pero no pierde la intuición del impacto que América y sus habitantes tendrían sobre el resto del mundo: eso que el padre Genty llamaba en 1788 *L’Influence de la découverte de l’Amérique sur le bonheur du genre humain*. Sorprendente obra en la que el autor denuncia la maldad de los españoles, los errores de los colonizadores europeos, incluyendo a los franceses, y explica la manera “de aumentar las ventajas y disminuir los inconvenientes del descubrimiento de América”.

A pesar de sus lagunas, las relaciones de los viajeros de los siglos XVI y XVII conocieron muy pronto el favor de un amplio público. Fueron éxitos de librería contundentes. Las ediciones y las traducciones se multiplicaron. Los libreros mismos estaban en el corazón de ese inmenso movimiento de divulgación. Se convirtieron en grabadores, como en los casos de Théodore de Bry y Le Moyne de Morgues; en cartógrafos, como Martin Waldseemüller; en editores, como Lévius Hulsius y Richard Hakluyt.

Sorprendidos, los europeos descubrían, a lo largo de esas relaciones, a seres humanos —a pesar de lo que se había escrito, poca gente lo dudaba en aquel entonces— que en ocasiones vivían sin rey, que poseían colectivamente la tierra, que podían cazar y pescar libremente. Las imágenes de América penetraron en el espíritu de los filósofos. Así, evocando los ideales de igualdad y libertad, encontraron en Europa una tierra fértil. ¿El capitalismo, la industrialización, la democracia, el espíritu deportivo, tendrían en común una deuda hacia los amerindios?

A partir de las palabras, principalmente de aquellas de origen amerindio, esta obra responde de alguna manera a esta pregunta. El tema es extremadamente vasto. Realmente no es posible tratar todos los aspectos, además de que los autores nunca pretendieron ser especialistas. Ellos han leído mucho, refle-

xionado, observado, pero están muy conscientes de los límites de su trabajo. Su objetivo es abrir puertas, despertar la curiosidad, provocar la reflexión.

Los libros de historia están llenos de nombres de reyes, ministros y generales, que se considera influyeron en el curso de los acontecimientos. Actualmente, el público se interesa también en la vida cotidiana, en las artes y las letras, en las ciencias y las técnicas. El examen del impacto que el descubrimiento de América pudo tener se inscribe en esta corriente; puede llegar a ser extremadamente instructivo. Las Américas y los amerindios no han revelado todos sus secretos. El hecho de ser más conscientes del pasado debería llevarnos a prestar más atención al presente.

Hubo que esperar el viaje de Cristóbal Colón, en 1492, para que finalmente Europa y América entraran en contacto. Hoy la expresión “descubrimiento de América” se ha vuelto dudosa. Desconocidos por el resto del mundo, América y los amerindios no esperaban de ninguna manera ser “descubiertos”: existían, aunque parezca imposible. El historiador Fernand Braudel precisa con razón: “El mérito de Europa ha sido el descubrimiento del Atlántico”. El Mediterráneo fue considerado mucho tiempo el mar situado en el centro del mundo, y no de otra forma lo percibieron aquellos que vivían sobre sus costas. Fenicios, egipcios, griegos o romanos, y posteriormente los europeos, se han considerado el ombligo del mundo. Excesivamente etnocéntricos, tuvieron, y aún tienen, la tendencia a considerarse el corazón de toda civilización. Oriente y después América fueron descubiertos por los europeos portadores de la llama de la fe y depositarios del saber humano: la misión de Europa fue instruir al resto de la humanidad. Por lo menos, desde esta perspectiva se ha escrito la historia del mundo, e incluso la de América. La referencia, la norma, sería el saber europeo.

Colón creyó haber llegado a las Indias. Por lo tanto, los habitantes eran indios. Impregnados de libertad, cercanos a la naturaleza, a la selva (*silva*), fueron calificados de *salvajes*. En comparación con las normas europeas, el indígena fue juzgado primitivo. Bárbaro, salvaje, primitivo tenían aires de sinónimos: esas palabras sugerían una naturaleza irreal, cruel, feroz e incluso bestial.

La expedición que dirigió Colón en 1492 no fue un acontecimiento aislado. Hacía décadas que se multiplicaban los viajes de exploración; pero los viajeros no se alejaban mucho de las costas ya visitadas. Debido a los errores de cálculo de su maestro, el geógrafo griego Ptolomeo, Colón creyó que la Tierra era más pequeña de lo que en realidad era. Se aventuró entonces mar abierto, confiado en llegar rápidamente a las costas del país del Gran Khan. Los vientos y las corrientes lo condujeron a tierras nuevas, por lo menos para los europeos.

A principios de 1493, Colón dedicó un mes a escribir en catalán el relato de su viaje. El texto fue publicado en Barcelona en el mes de abril. Se prepararon unas traducciones en latín y comenzaron a circular en Roma, Amberes, Basilea y París. Simultáneamente, aparecieron traducciones al italiano en Roma y Florencia, después al alemán, en Estrasburgo. Antes de finalizar el siglo, es decir, en menos de siete años, aparecieron cuando menos 16 ediciones distintas del relato de Colón.

¿Fueron conscientes los lectores de que ese viaje cambiaría al mundo? Ciertamente no podían adivinar lo que todavía hoy difícilmente concebimos, pero quizás tuvieron la intuición. Por su parte, los “grandes”, es decir, los jefes políticos, evitaron cualquier riesgo. Si las tierras desconocidas se encontraban al oeste, necesitaban dueños. Reunidos alrededor del Papa Alejandro VI, los emisarios de Portugal y de España negociaron una repartición del mundo. Portugal no quería perder sus posiciones en África; España quería que aceptaran sus pretensiones sobre el “Nuevo Mundo” a cambio de comprometerse a promover la expansión de la fe católica en esas tierras. Portugal, preocupado por las cuatro bulas sucesivas que había emitido el Papa, y seguro de su superioridad en el mar, orilló a España a aceptar el 7 de junio de 1494, en Tordesillas, el tratado que trazaba la línea de partición del mundo a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, en lugar de las 100 propuestas el año anterior.

Algunos viajeros se aventuraron por el mismo trayecto que recorrió Colón. Entre ellos, Américo Vesputio, quien en mayo de 1501 emprendió un viaje que duraría 16 meses. Logró llegar al

hemisferio sur, donde observó que ya no podía ver la Osa Mayor. Pero encontró numerosos habitantes, una variedad infinita de árboles, frutas, legumbres y flores, y una multitud de animales, a tal grado que le pareció imposible “que tantas especies hubieran cabido en el arca de Noé”.

Los relatos de los cuatro viajes de Américo Vespucio fueron aún más populares que los de Colón. Entre 1502 y 1529 se conocieron unas 60 ediciones, entre ellas, una publicada en Saint-Dié (Lorena) en abril de 1507, preparada por Gauthier Lud, con la ayuda de Mathias Ringmann y el cartógrafo Martin Waldseemüller, alias Hylacomylus. La obra, titulada *Cosmographiae Introductio*, estaba escrita en latín. El texto de los cuatro viajes fue, de hecho, traducido “de vulgari gallico in latinum”. Después de las zonas del mundo ya largamente exploradas: Europa, África y Asia, los autores presentaron “una cuarta zona descubierta por Américo Vespucio, hombre de grandes capacidades”. “Yo no veo razón alguna —precisa categóricamente Hylacomylus en la introducción— para que alguien pueda legítimamente objetar el hecho de que llamemos a esa zona Amerige o América.” En dos ocasiones más planteó su sugerencia, reforzada con el retrato de Vespucio ubicado al lado de Ptolomeo, sobre un inmenso mapa de más de tres metros cuadrados que acompañaba el libro. La palabra *América* aparece sobre el continente sudamericano, única región de la que se tenía una cierta idea. A partir del mes de septiembre, el impresor debió proceder a una segunda tirada con un total de casi 1 000 ejemplares que llevaban el nombre “América”. Sin embargo, Waldseemüller fue admitiendo poco a poco que a Vespucio lo precedieron otros viajeros, incluyendo a Colón, y aunque suprimió el nombre “América” en ediciones subsecuentes, ya era demasiado tarde. Los mapas donde figuraba dicha palabra se multiplicaban. Mercator publicó su gran mapa del mundo en 1538 y distinguió cuidadosamente dos regiones: *Americae pars meridionalis* y *Americae pars septentrionalis*.

El *Mundus Novus* de Vespucio se llamaría América, y no Colombia; sus habitantes mantendrían el nombre de indios, aunque pronto se haría evidente

que no eran las Indias. Es un buen ejemplo de cómo el origen de las palabras puede ser tramposo. Pero no siempre es el caso. Con frecuencia la etimología está llena de enseñanzas. Es el caso de los amerindianismos provenientes del taíno, del arawak, del quechua, del tupí-guaraní. Los idiomas europeos les deben: caníbal, huracán, canoa, cigarro, maíz, barbacoa, tabaco, hamaca, piragua. Los aztecas —a través del náhuatl— proporcionaron: chocolate, tomate, cacao, cacahuete, chayote, etc. Algunas listas cada vez más sorprendentes aparecen ante nuestros ojos.

Lo que nos asombra, asimismo, es la presencia de los mismos préstamos en muchos idiomas europeos.

Esos préstamos han sido por completo naturales. Los primeros europeos que entraron en contacto con los amerindios aprendieron sus lenguas. En sus cartas, relaciones e informes, describían lo que veían e indicaban la palabra que usaban los naturales para nombrar plantas, animales y aquellos objetos que les fascinaban.

Los administradores y los comerciantes podían contentarse con un vocabulario limitado a las necesidades de los trueques que realizaban, pero fue muy diferente en el caso de los misioneros. Tanto por razones de evangelización como por un espíritu científico, esos misioneros estudiaron a fondo los idiomas amerindios. Gran parte de lo que conocemos actualmente se lo debemos a ellos.

Los nostálgicos pueden deplorarlo, pero el contacto entre América y Europa era inevitable. Es más, cambió tanto al mundo que es justo afirmar que el *Nuevo Mundo* no es América, sino, aunque parezca imposible, aquello que nació del contacto, del encuentro entre dos “viejos mundos”.

Entre otras cosas, América ha aportado gran variedad de plantas que son desconocidas en otras partes. Algunas, como el maíz y la papa, las habían cultivado los indígenas durante miles de años. Los europeos tuvieron de sobra dónde escoger las diversas condiciones de suelo y clima.

*Adaptación de Denis Vaugeois,
traducción de Socorro Arias*

Se trata de la segunda versión de un encuentro que, sumado al Festival Internacional Tamaulipas 2003, busca consolidar la idea de que “la cultura es una forma de progreso, no un adorno”, según señaló Víctor Manuel Mendiola, coordinador de Letras en el Golfo.

En la reunión literaria también estarán presentes los mexicanos Carlos Fuentes, Sergio Pitol, Alí Chumacero, Ulalume González de León, Guillermo Samperio, Cristina Rivera Garza, Gloria Gómez, Víctor Sandoval, además del sudafricano Breyten Breytenbach, el francés Jack Darras, así como los ingleses Margaret Drabble, Paul Muldoon y Pascal Petit, entre otros.



El Premio Nacional de Ciencias y Artes distinguirá este año a 13 miembros destacados de los campos de literatura, historia, ciencias sociales, filosofía, ciencias físico-matemáticas y naturales, tecnología, diseño y arquitectura, artes populares y tradicionales.

A través de un comunicado reciente, la Secretaría de Educación Pública dio a conocer que este año el máximo galardón que otorga el Estado mexicano será entregado, entre otros, al escritor y humanista Ernesto de la Peña, así como a Gilberto Aceves Navarro, Ludwik Margules; Francisco Serrano, Víctor Manuel Alcaraz y al dibujante Gabriel Vargas.

El hilo de la memoria

☞ **Jean Françoise Chassay**

► **Fragmento del prólogo del libro *El hilo de la memoria*. Antología de ensayo de Quebec, puesto en circulación recientemente bajo el sello del FCE (colección Tierra Firme).**

Durante los años sesenta, la producción literaria quebequense va a afirmarse y a desarrollarse de forma exponencial, especialmente gracias a la creciente escolarización de la población y al nuevo papel adoptado por los distintos niveles de los gobiernos a partir del final de los años cincuenta en el campo de la cultura —la creación del Consejo de las Artes en Ottawa, en 1957, y creación del Ministerio de asuntos culturales en Quebec, en 1961—. El género ensayístico no será una excepción, y a partir de esa época, habrá de imponerse en la corriente de eso que en Quebec se llamó “la revolución tranquila”, participando en una reflexión sobre la identidad, y antes que nada sobre la identidad colectiva. Entre las muchas casas editoriales fundadas durante este periodo, algunas habrán de otorgar rápidamente un importante lugar a la publicación de ensayos. L’Hexagone, nacida en 1953 y dedicada especialmente en sus primeros años a la poesía, propondrá una colección de ensayos. Después Leméac (1957), Hurtubise HMH (1960), Boréal Express (1963, que se llamará Boréal a mediados de los noventa), se interesarán en este género de manera destacada. La década de los setenta verá nacer una multitud de editoriales que harán del ensayo un género importante dentro de su catálogo: Québec/Amérique (1974), La Pleine Lune (1975), VLB (1976), las Éditions du Remue-Ménage (1976), sin contar las numerosas prensas universitarias. No es una coincidencia que este periodo, la segunda mitad de los años sesenta, presencie la publicación de muchas compilaciones de ensa-

yos, algunos de los cuales alcanzarán un impacto duradero.

A pesar de esto, el ensayo no habrá de encontrarse nunca en el primer plano, a diferencia de otros géneros literarios mayores. La poesía se impondrá después de la segunda Guerra Mundial y a todo lo largo de los años cincuenta, representando para muchos uno de los importantes generadores de los cambios sociales que se preparan en Quebec; el género novelístico habrá de destacarse con la aparición de una nueva generación de autores (hombres y mujeres) que empieza a producir a mediados de los sesenta y que, por primera vez, ofrecerá algo más que voces aisladas; en cuanto al teatro, se impondrá con la querrela del *joual*, lengua popular de Montreal, llevada a la escena a partir de 1968. En cambio, no habrá un “momento histórico” similar en el que el interés se oriente masivamente hacia el género ensayístico. Incluso podría decirse que desde la década de 1990, el ensayo se ve marginado en cierta medida por el trabajo de análisis literario o social, más ostensiblemente universitario o científico. Es quizá lo que explica el que haya tan pocos jóvenes ensayistas en esta antología, en una época en que la investigación universitaria, dentro de Quebec, deja poco espacio entre la ficción y el trabajo conceptual; ninguno de los que aparecen en estas páginas tiene menos de 40 años. Se podría lamentar este hecho —yo mismo lo lamento—, pero corresponde a una realidad del ensayo quebequense de nuestros días. Quizá algunos lectores objetarán esto, más aún cuando se podría deliberar ampliamente lo que puede entenderse por “ensayo”. Para muchos, por otra parte, la clasificación del género tendría que ver con la dificultad para definir claramente sus fronteras.

De manera sintomática, los premios del Gouverneur-Général, anualmente entregados en Canadá a libros de lengua francesa y de lengua inglesa considera-

dos como los mejores en sus respectivas categorías, no plantean problemas genéricos en los casos de la novela, el teatro, la poesía, la traducción o la literatura infantil, mientras que se suele encontrar en la categoría “estudios y ensayos”... un amplio grupo de obras que no se pueden clasificar entre las precedentes.

Las dudas pueden aparecer fácilmente ante la prueba de la lectura. Entre el panfleto y el testimonio, el manifiesto y la autobiografía, la tesis e incluso en ocasiones la ficción, el espacio dedicado al ensayo resulta muy estrecho, o demasiado extenso. Y esto en especial cuando varios ensayistas importantes de Quebec son igualmente —y a veces principalmente— novelistas, poetas o filósofos. En algunos casos, según los lectores, un mismo texto puede ser juzgado de manera diferente cuando se trata para algunos de un ensayo, y para otros de una teoría o de un análisis literario. Si bien la selección de autores y de textos que se proponen para una antología siempre resulta, en cierta medida, discutible, quizá lo es de un modo todavía más sensible en el caso del ensayo debido a la dificultad para precisar formalmente sus límites. Al menos es posible obtener un consenso a partir de los diferentes trabajos que sobre este género existen. Como ya lo escribió Philippe Lejeune, cuando se intenta definir un género, se busca primeramente definir un centro y no los márgenes. Es, desde luego, en función de ese “centro” que fue concebida esta antología.

En la definición inicial que ofrecen los diccionarios, un “ensayo” es una operación destinada a analizar las cualidades de algo, un experimento, una prueba. Es una acción que se emprende con la intención de realizar, de obtener algo, sin estar seguro del resultado, una tentativa. Una concepción del ensayo literario se desprende de esta primera definición: un ensayo es una tentativa, una prueba. Dicho en forma rápida, un yo en

el que el enunciador asume su subjetividad, confrontándola con la realidad, con su propio contexto, sus referencias, y con los demás, a través de los cuales se forma y se transforma su identidad. El ensayo no intenta producir una forma totalizadora del mundo. Por el contrario: abre brechas, crea pistas de reflexión, se interroga en voz alta. Según la bella fórmula de Laurent Maillhot, el ensayo “se abre, se mina, se expone en lugar de imponerse”. Quizá sería exagerado decir que el ensayo es el sitio de una crisis del individuo (aunque lo sea en ocasiones), pero al menos da cuenta de una interacción entre el individuo y el mundo, de un espacio de tensiones en el que se trata de interrogar a las propias referencias.

Es posible concebirlo como un género híbrido, que desemboca a veces en la creación imaginaria (ya que el ensayo es indisociable de una reflexión sobre el lenguaje, sus formas y sus modas), y otras veces en la creación conceptual (por su voluntad de “razonar” el mundo a partir de sí mismo). André Belleau resume a su manera la situación en un texto que habrá de leerse en este libro:

[...] dado que la novela moderna ha evolucionado a fin de incluir cada vez más una dimensión crítica, y que la crítica ha evolucionado igualmente para convertirse en una aventura de la escritura, resulta muy difícil separar ambas prácticas. De modo que, actualmente, un ensayista es un artista de la narratividad de las ideas, en tanto que un novelista es un ensayista de la pluralidad artística de los lenguajes.

Esto es algo que no ayuda mucho a circunscribir una definición precisa. “El ensayo —decía Hugo Friedrich de los textos de Montaigne— no es una categoría literaria. Es un método.” Desde que Montaigne, a finales del siglo XVI, diera nacimiento al género, la conformación misma del volumen de ensayos ha vuelto escépticos a muchos críticos: ¿habrá en tal o cual libro que reúne ensayos una lógica, una coherencia, un sentido global que se pueda destacar? Es el género del ensayo, pero también la compilación, lo que se pone en entredicho, lamentando en ocasiones una ausencia de unidad...

Traducción de Glenn Gallardo

Monsieur Melville

 **Victor-Lévy Beaulieu**

► **Monsieur Melville es considerada una de las obras maestras de la literatura quebequense contemporánea y universal, con renombre unánime entre los lectores y la crítica profesional. Un fragmento de dicha obra forma parte de *El hilo de la memoria. Antología de ensayo de Quebec*, publicado estos días bajo el sello del FCE en la colección Tierra Firme.**

No siempre estoy ahí donde creo estar, incluso cuando estoy ahí. Y es que el país en que vivo se encuentra devastado y es incoherente, como bofe de ternera que sólo me deja con mi furor por Melville. Por eso me quedo un poco irrisoriamente en la infancia de Melville y en la imagen que conservo de su padre, en todo lo que, a través de él, me convence de que el fracaso de *Moby Dick* no podía dejar de verificarse, por medio de un personaje. Con la nariz al aire, mirando a mi Padre sin verlo, me dejo a la deriva, contento de flotar de esa manera para escamotear las sombras de la noche.

Cuando Melville nació, Allen Melville se dedicaba a la importación de mercancías extranjeras. Era un comercio próspero. En todo caso, debía funcionar bastante bien ya que en 1821 los Melville se mudaron a una gran casa, en Beacher Street dentro de Greenwich Village. Siempre había mucha gente, y Melville empezaba a tener problemas con los ojos. Resultaba mucho más fácil recordar a través de la nariz. Estaban los acres olores de los puros de Allen Melville, los perfumados vestidos de María: “Prefería hundir la cabeza en las faldas de Anna. Y recuerdo perfectamente los olores del estiércol de los caballos cuando el viento venía del este. Y los domingos, la casa se animaba por-

que todos los parientes se encontraban ahí por la tarde. Seguramente se hablaba de los cambios en el país. Yo era demasiado joven para comprender. Incluso cuando Andrew Jackson fue elegido presidente de los Estados Unidos en 1828, yo era demasiado joven para entender”.

Leo esta nota mientras miro por la ventana, que no es sino un gran hoyo negro. No se ve absolutamente nada, apenas unas cuantas capas de bruma interrumpidas aquí y allá por alguna luz brillante. Y pienso en los inicios de Norteamérica, en lo que antaño Jacques Ferron me decía al respecto cuando aún no había decidido volverse médico, al igual que Chejov, y se apasionaba por lo que hay entre la historia y la historia. Un día me llevó un curioso librito titulado *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*. Un monje del siglo XVIII, tras haber saqueado las bibliotecas europeas, se encerró en su celda para escribir la historia definitiva de los descubrimientos de América, una especie de antología sobre las necesidades de los exploradores y de los mitos que éstos crearon para justificar mejor sus correrías. Ya no recuerdo más que algunos detalles, pero resultaba bastante fabuloso. Dom Pernety describía a los salvajes como a gente sin agujero en las asentaderas, lo que los obligaba a beber únicamente agua. Otros tenían una sola pierna y, para correr, tenían que hacerlo entre dos. Y si los salvajes eran tan pequeños comparados con el hombre europeo, era debido a la atmósfera: a cuatro pies del suelo, ésta se hacía deletérea. En cuanto a las ranas, había algunas que pesaban cerca de 50 libras. Dom Pernety tenía también su teoría en lo que se refería a los negros: nacían blancos, y después contraían una buena ictericia gracias a la cual, al salir de la infancia, se volvían absolutamente negros.

Yo no sé por qué, pero me habría gustado hablar de todo eso con Melville y con Nathaniel Hawthorne, aun cuando sólo fuera para verificar mi teoría según



la cual los nuevos mundos no se descubren de otra manera. *Norteamérica no podía escapar a la necesidad*. ¿Acaso podría haber sido de otro modo cuando su descubrimiento y fundación se debieron a unas cuantas grandes familias que, rápidamente, tomaron control de todo? Sé que en Connecticut, por ejemplo, 10 familias dictaron la ley de 1662 a 1776. Durante este periodo, solamente los Walcott ganaron 69 de las 144 elecciones que se celebraron. Pero los Pitkin los superaron, y perdiendo apenas seis de éstas. En el Consejo de Virginia, 23 familias ocuparon el 63 por ciento de los escaños entre 1680 y 1776. En Nueva York, el Consejo estaba monopolizado por la aristocracia terrateniente. En Boston, el 10% de la población poseía el 60% de la totalidad de los bienes. En Virginia la cosa no estaba mejor: la mitad de los habitantes de esta colonia no tenía ninguna posesión. Incluso las tierras del Oeste permanecían inaccesibles para aquellos que no formaran parte de la camarilla de los ricos especuladores bien establecidos en el Este. No se tenía acceso a este círculo mágico tan fácilmente: *el poder procede siempre mediante la exclusión*. Hasta 1763, una proclamación real prohibía incluso que los colonos emigraran al oeste de los montes Apalaches. Y es que era necesario que los ricos comerciantes se apoderaran antes que nadie de esas tierras para que, desde Nueva York y Boston, pudieran extender sus tentáculos capitalistas a todo el país. Si bien los Melville y los Gansevoort no se encontraban entre la flor y nata, al menos estaban colocados lo suficientemente bien como para sacar indudables ventajas de su situación. No

se privaron de ellas; ese mundo de grandes burgueses conservadores, ligados entre sí por la sangre de los negocios, representaba por sí sola América y producía la imagen de su blanco porvenir, lo que habrá de ser el nudo de *Moby Dick*, en pleno Océano Pacífico.

De ahí la importancia, en la historia americana y en la vida misma de Melville, de Andrew Jackson. Hasta el momento de su elección como presidente de los Estados Unidos, el sueño americano había sido el del Este, es decir, el de esas pocas familias que, de Washington a Nueva York, de Albany a Boston, administraban los negocios de la nación como si hubieran sido su propiedad exclusiva. Véase la Casa Blanca antes de Jackson: el presidente John Quincy Adams se levantaba todos los días a las cinco de la mañana, se vestía y, con buen o mal tiempo, recorría ocho millas a pie en Washington. Después regresaba a la Casa Blanca, él mismo encendía el fuego, leía tres capítulos de la Biblia —anotada por Scott y Henlett—, leía los periódicos y desayunaba. No era sino hasta después de este ritual que iniciaba sus audiencias. A las 11 de la noche, invariablemente, Adams estaba en la cama.

He aquí todo el universo del Este antes de Jackson: los profetas, el trabajo y la familia. Un mundo cerrado, de ideas limitadas, que Rousseau y los Enciclopedistas habían socavado hasta cierto punto, lo suficiente como para obligar a los burgueses conservadores a volverse liberales. Los Melville y los Gansevoort no hicieron otra cosa más que subirse al tren. Al final de la vía férrea los esperaba Andrew Jackson, el primer presiden-

te norteamericano en no pertenecer al mundo del Este y sus *trusts*. Con él, los *cowboys* hacen su entrada en la Casa Blanca. Muy pronto, será posible jugar ahí al póker, con las pistolas sobre la mesa y las muchachas en las rodillas. Y después habrá de ser inventado el *Middle West*, forzando al comercio tradicional del Este a trasladarse ahí, arrastrado por la marcha de los salvajes broncos del señor Jackson. A menos que uno fuese rico o previera rápidamente lo que iba a ocurrir, a la antigua clase aristocrática no le queda más que estar en guardia. Los Gansevoort, gente calculadora, van a resistir. Los Melville, demasiado insensatos, habrán de dejar el pellejo, mandando traer a un testigo de su desbandada, ese Melville escritor que fundirá todos los fusibles, incluidos los suyos.

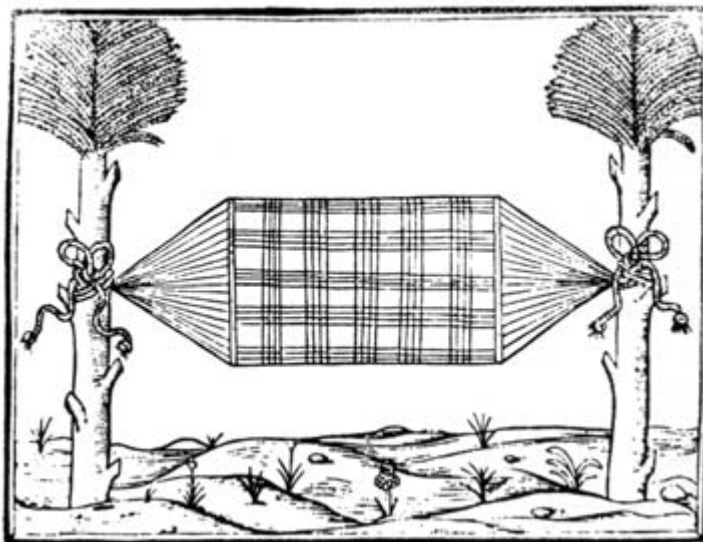
Pareciera que me desvío, pero estoy siguiendo al pie de la letra las intenciones de este capítulo: no es posible entender lo que este Melville escribió si se ignora lo que sucedió en Norteamérica hacia 1820. Sin este conocimiento, el fracaso de Allen Melville sería absolutamente inexplicable. Sin embargo, es eso y únicamente eso lo que me hace entender cómo Melville, según la reflexión de Sartre, llegó a convertirse en un ser totalmente imaginario, *personalizándose como empresa*, para integrar lo que de otro modo habría sido inintegrable. Sartre afirma que Flaubert se concibió como *personaje* y no como *persona*. Melville no hizo otra cosa.

Quisiera no haber empezado nunca este libro que me agota porque nunca he tenido paciencia ni continuidad —siempre yendo de una lamentación a otra, siempre odiosamente apremiado por el tiempo, incapaz de llevar el paso, de trabajar día tras día, como un constructor de poemas-rompecabezas que puede pasar la mayor parte de sus días con la nariz al aire, para hacer venir simplemente el placer del texto.

Como no me encuentro de ese lado de las cosas, y como no soy sino opresión, una furiosa opresión de la que tengo que salir de cualquier modo, con rapidez, me convertí en ese hombre viejo que es Melville y ya no sé cómo podría conformarme con mis contradicciones. Creía saberlo al hacer esta lectura de Melville, esta lectura en cuyo centro me debato desde hace ya casi cinco años, al grado de no saber a quién represen-

to, qué parte de mí pone ella en entredicho.

De manera que mucho me temo haberme cansado en vano. Melville es demasiado grande para mí, que no soy nada, excepto esta torpeza que intenta expresarse. ¡Qué esclavitud la de este libro! Y cómo se me dificulta, ya cerca de mi final. Cuando haya terminado con Melville, es decir, cuando no haya ningún recommienzo posible, ninguna otra lectura suya con la que me deje ir, ¿adónde iré entonces? En mi pequeño país, aquello que no deja de llegar pero que no llega nunca, todo lo que se niega a no ser más que quebequense como, en Melville, todo lo que se negaba a no ser algo más que norteamericano. Debido a mi raza, estoy retrasado. Debido a mi raza, soy esta carrera desesperada hacia lo que, en todas partes, ha quedado abolido. Soy finitud incluso antes de empezar: esta prodigiosa imposibilidad que tanto me ha fascinado en Melville porque, simple y sencillamente, parece estar inscrita en mí, desde los equívocos comienzos de mi país. Toda escritura no es más que muerte. Muerte de uno mismo porque es muerte de todas las imágenes de uno mismo. Muerte de todo futuro lineal porque es muerte de todo lo que me posee en mí. Muy pronto, estoy seguro, no quedará nada, no habrá más Melville. Toda lectura es abandono y por lo mismo estoy derrotado, en el límite de mi desastrosa esquizofrenia. Lo que busco en Melville es lo que no encuentro en mí: esa lamentable vida, ese fabuloso fracaso, aunque yo nunca he empezado. Pero yo soy como mi país, soy el mismo término medio de mi país: un gran río contaminado corriendo hacia su muerte. Incluso si el río debiera continuar, no sería ese río en el que pienso, y que me habita como no es posible imaginar, que me da de puñetazos y me deja extrañamente fofo, sin posibilidad de defenderme. Me hundo y ya no puedo nadar. Me hundo y siempre será eso, una caída sin fin en las aguas del no-ser: no existen el tiempo ni el espacio quebequenses, sólo la presencia estadounidense, razón por la cual estoy aniquilado, por la que estoy amordazado, atado, torturado. Americano pero sin América, consumidor pero sin capital, esclavo del Imperio y sin más armas que ese deplorable libro para proseguir con mi débil energía.



Muy pronto el mundo se hallará en otra parte, en los planetas lejanos, y ese mundo seguirá siendo americano: una maquinaria fabulosa, una prolongación —en el tiempo y en el espacio— del poderío americano, del ser americano, del águila americana represiva; dicho de otro modo, de la vida; dicho de otro modo, de ese cáncer proliferante que es la vida.

Mientras que yo, en mi pequeño país equívoco, no hago más que luchar por Melville, no hago más que luchar por mi supervivencia. Al no poder ser nada, es decir, al no poder ser sino resistencia ineficaz, no me queda más que la atrocidad. No me queda nada más que mi exilio interior, más que la violencia de mi exilio interior —mi pobre pequeño país que continúa en su ignorancia, que trata de organizarse desde lo profundo de la misma para hacerse visible cuando en realidad nadie se interesa en él, cuando nadie cree en él.

No soy aquello en lo que debo convertirme, soy como ese Melville que pone fin a la prosa, soy como él, que flota, incapaz de todo lenguaje por negarse al cinismo, por ser demasiado desesperado para pensar simplemente en dominar esos recursos que hacen de América una fuerza soberana, portadora de la antorcha soberana, la de todas las guerras. Como Melville, soy demasiado viejo para ser capaz de amotinarme con mis propias sobras; a lo que aspiro es a otra clase de revolución: poder hablar de mi pueblo, poder hablar de mí sin tener que luchar, sin prejuicio. No conozco la violencia, tan hedonista como soy desde hace mucho tiempo como para no satisfacerme con la economía libidinal. Nunca he sabido explotar a nadie, negro como

soy para mí mismo, rojo para mí mismo, amarillo para mí mismo —lo que hace de mí menos que nada, una prosa cuyo sitio no es dueño de sí mismo.

No tengo ese valor que tenía Melville para decir no, y tampoco tengo el valor para decir sí. Me mantengo gracias a mi escritura, que no engaña a nadie. La poesía me está vedada, y es ella, y únicamente ella, la que pertenece al pueblo, a esa multitud condicionada y violada por la gran águila americana —como limón exprimido, sin profundidad posible, a la merced de un juego cuyas reglas me están vedadas. No soy sino aritmético, en tanto que todo se vuelve algebraico. Soy un hombre de la Edad Media sobreviviendo en el Renacimiento, incapaz de aprehenderlo; soy como algo residual, lo que explica mi absurdo empecinamiento y la letanía que es este libro. Busco mis raíces en la tierra, cuando en realidad éstas labran el cielo, como si el mismo pasado no pudiera estar sino adelante, adelante y muy lejos, en el nuevo mundo del más allá de la tierra.

Pero, incluso sabiendo eso, me obstino de todos modos, sigo con Melville, no puedo salir de él como si, en lo que todavía queda por venir, pudiera descubrir no sé qué secreto que haría de mí un hombre distinto, ciudadano de mi equívoco país pero también otra cosa, quizá esa gran fuerza tranquila capaz al fin de entregarse a esa enorme tarea que habrá de ser la escritura de la *Gran Tribu* —país de los orígenes, en la reconstrucción homérica, a fin de desplazar la montaña que me impide *nacer de otra manera*.

Traducción de Glenn Gallardo

¿Un género sin historia?

☞ Gilles Pellerin

► El siguiente fragmento forma parte del prólogo al libro *¿Un continente a la deriva? Antología de narradores de Quebec*, publicado recientemente dentro de la colección Tierra Firme.

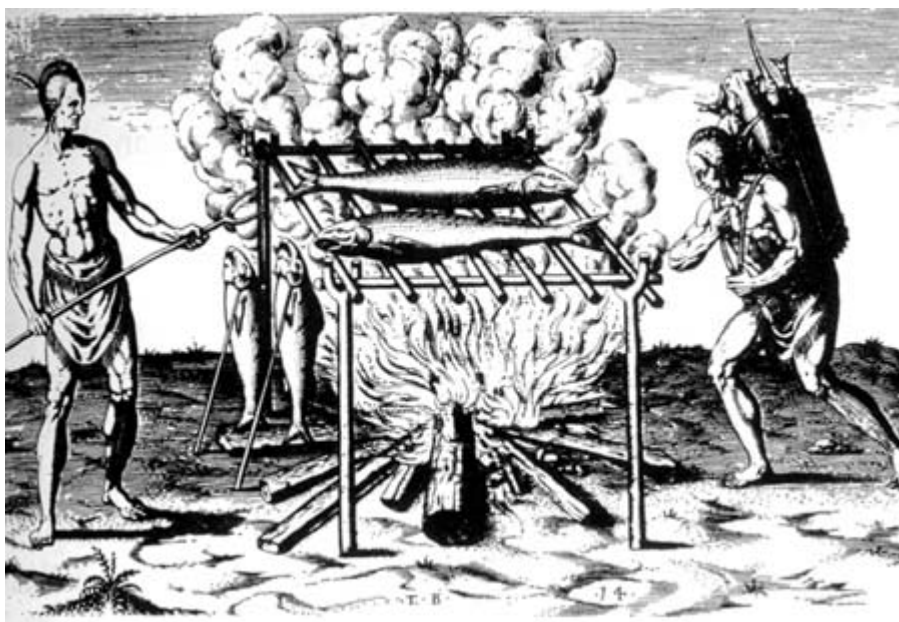
La cuestión del lugar, más específicamente de la toponimia, es importante en la difusión de una literatura que emana de un “país incierto”, si retomamos el título del libro de Jacques Ferron. Hacen falta signos de identidad a escala política, al menos a los ojos de la mitad de la población:¹ la literatura está implícitamente convidada a desempeñar un papel compensatorio, a conferir profundidad y densidad simbólicas a aquello que por esa razón existirá de otro modo —si no es que más—. El ciclo novelesco *Les chroniques du plateau Mont-Royal* de Michel Tremblay ha contribuido a la revalorización de un barrio popular de Montreal en el momento en que empezaba a aburguesarse. En este renglón la novela

corta no ofrece las mismas garantías, como tampoco esa apropiación de lugares reales mediante el lenguaje y el imaginario gana la aceptación de los escritores de este género. Algunos, como Louis Jolicœur, se verán más tentados por el viaje, atraídos por mundos ajenos de los que se propondrán extraer un nuevo sentido, incluso una dimensión metafísica. Jolicœur, en especial, ha dado testimonio de ello tomando como tela de fondo el mundo español (y en ocasiones mexicano: “Saramago et le cochon sauvage”).² En este aspecto, Jolicœur se vincula con una vena practicada por Mérimée, autor de “novelas cortas españolas” (“Carmen”, “Colomba”, y cuántas más), por cierto al igual que Stevenson (“Olalla”). En este caso no se trata de remplazar el *aquí* por el *otra parte*, de abolir la distancia entre los personajes y el nuevo lugar en el que se encuentran inmersos. Por el contrario, el distanciamiento propio de la novela corta actúa a fondo (debido a la superposición de las marcas textuales sobre la intriga, a la manera como la enunciación asume explícitamente al enunciado). En “Los ojos del Diablo”, Gilles Pellerin imagina que las investigaciones sobre una etnia des-

conocida de la cordillera andina realizadas por un antropólogo desembocan paradójicamente en el sojuzgamiento de dicho pueblo. Este relato, por breve que sea, se adhiere a la tragedia prometeana: es en el cumplimiento de una empresa sana, destinada al triunfo del conocimiento y conjugada con el respeto inspirado por un chamán, como el protagonista alcanza resultados desastrosos —Prometeo había querido mejorar el destino de los humanos al darles el fuego, pero los dioses replicaron castigándolo—. En este caso el exotismo exige algunas páginas descriptivas necesarias para campear una intriga en la que el café desempeña un papel determinante; esta práctica contrasta con la tendencia general: los personajes, poco locuaces, se desenvuelven por lo general en un decorado bastante discreto.

Las reservas en cuanto a la representación son visibles no sólo en la poca atención que se otorga a la descripción del entorno —estrategia que en cierto modo deja al personaje al desnudo en un espacio casi vacío—, sino también en la poca precisión onomástica: en Jean-Paul Beaumier, la mayor parte del tiempo los personajes son sólo un nombre sin apellido —a menudo el mismo.— En Gaëtan Brulotte, al parecer más bien se responde a imperativos ontológicos propios de Beckett que a las exigencias del registro civil: Y son sólo dos ejemplos de una manera de proceder muy extendida que, llevada al extremo, confina a los personajes al anonimato. Desde este punto de vista, la novela corta se sitúa en el extremo opuesto de aquello que, en un Fréchette, contribuía a la coloración arrabalera y *canayenne*.³ En estos escritos uno podía llamarse Grelot, Tom Caribou, Coq Pomerleau, Titange o Tipite Vallérand. Este procedimiento siguió vivo en Tremblay.

Si así van las cosas, si los personajes de las novelas cortas manifiestan este déficit onomástico, es porque la brevedad



del género obliga al autor a limitarse a lo esencial, en lo que no está incluida la identidad completa con nombre, apellido, domicilio, estado civil... El héroe de la novela corta contemporánea está marcado por la soledad.⁴ Cuando él conduce la narración, es obvio que no tiene que designarse a sí mismo —en cuyo caso los lectores deducirían que se trata de un idiota o un demente; ahora bien, el procedimiento se ha extendido a la narración externa: Yo se convierte en Él o Ella. La ausencia de contorno, de asidero, por parte de los lectores, produce un efecto estético que acaso responde a la pérdida de referencias culturales de las que se sienten confusamente víctimas los ciudadanos de las sociedades modernas

—después de que accidentalmente la habían deseado y creado al romper con el culto y los rituales: en Quebec la práctica dominical del catolicismo, que era casi unánime hace medio siglo, ha decaído hasta el 8% de la población—. Otra institución seriamente maltratada es el matrimonio, disuelto por el divorcio practicado a gran escala y sustituido cada vez más por la unión libre. Fuera de cualquier consideración moral (la novela corta rara vez se compromete en ese sentido, a no ser mediante el sesgo de narraciones hechas por niños, a partir de los relatos de alguien cuyos padres, según colegimos, están ausentes o rebasados por la situación o son incapaces de demostrarles cariño), la redefinición actual de la familia encuentra un profundo eco en la literatura, y mediante recursos actuales hace manifiesta una preocupación que recorre la Biblia (Esau despojado de su derecho de primogénito, José vendido por sus hermanos, Salomé deseada por su padrastro) y la tragedia griega (ciclo tebano, ciclo de los atridas).

La razón que hace del anonimato o de la tenuidad onomástica un rasgo específico de la novela corta quebequense obedece probablemente mucho más a factores inherentes al género que a una preocupación por reflejar con fidelidad el cuerpo social (si bien esto embona a la perfección con aquello): en autores como Bergeron y Pellerin las palabras iniciales marcan una rapidez inmediata, como si el texto arrancara cuando la acción ya está en curso —en resumen, todo lo contrario a la *instalación* novelesca—. El fenómeno fue ilustrado con la imagen de alguien que aborda un autobús en mar-



cha. La dinámica que esto imprime lanza al personaje en medio de un juego⁵ del que debe salir indemne, cuando a menudo ignora sus reglas o incluso la existencia del mismo.

El sentimiento de impotencia que cierra un texto como "Feria" es común en los escritores contemporáneos. Es fuente de rebeldía en los jóvenes urbanos que pueblan el universo de Michel Dufour. La noción de refugio, de morada parece haberse sustraído al mismo tiempo que se eludía la de la familia. En el momento en que el Yo trata de enunciarse de nuevo, los puntos de referencia huyen.

"¿Un género sin historia?", así titulamos nuestro prólogo. La literatura narrativa propone una de las mayores experiencias del tiempo que puedan existir. Cuando uno abre una novela histórica, ante nuestros ojos se instala una época, con sus efluvios, con los sentimientos particulares que en ella se experimentaban, cosa que el documento propiamente histórico consigue con menor frecuencia en comparación con la subjetividad novelesca. Más allá de la restitución de una época, el libro de ficción propone secuencias en las que el orden esperado de los acontecimientos cede a una sucesión fundada en la eficacia del relato. A este respecto la novela corta quebequense escrita por las dos generaciones literarias aquí reunidas, de Jean Pierre Girard a Roland Bourneuf, introduce de buen grado a los lectores en un mundo esencialmente perturbado. Las apuestas son claras: la historia que los personajes tienen que vivir será breve, el ritmo: rápido. Durante mucho tiempo, los escritores no suscribieron sino tímidamente a

una práctica que la indiferencia de los editores hacía aleatoria; ahora pueden entregarse a ella sabiendo que serán publicados y leídos. Que esto suceda en México, en una parte del mundo donde este género ha gozado de manera tan magnífica del derecho de ciudadanía, constituye una de las mayores alegrías que pueda gratificarlos.

Vienen del norte. Hablan poco, pero lo hacen alto y fuerte.

NOTAS

1. El referéndum de 1995 concluyó con un marcador de 49.5% a favor de la soberanía nacional contra 50.5% por el *statu quo*.

2. Novela corta incluida en *Saisir l'absence* (1994). En ella, el célebre escritor portugués es "rápidamente bautizado como Saramago por algunos colegas mexicanos". *Saisir l'absence* fue traducido por Silvia Pratt (*Ausenciario*, CONACULTA, 2000)

3. Antigua pronunciación de *canadiense*, término con el que, en el pasado, se identificaba la población.

4. Fue Gaëtan Brulotte, escritor y comentarista del género que él mismo practica, quien hizo esta constatación en "Situation de la nouvelle québécoise", *Le genre de la nouvelle francophone au tournant du XXI^e siècle*.

5. Leer al respecto los dos primeros libros de Aude: *Contes pour hydrocéphales Adultes* y *La contrainte*

Traducción de Laura López Morales
y Margarita Montero

Nadette y otros nombres

👉 **Louis Jolicœur**

► **Texto tomado de *¿Un continente a la deriva? Antología de narradores de Quebec, de publicación reciente dentro de la colección Tierra Firme del FCE.***

Un día, una joven mujer decidió ir a instalarse a un pueblecito perdido en los confines de un país lejano. Llegó rendida tras un largo viaje, dispuesta a volver a empezar su vida en la medida en que todo fuera nuevo y por hacer. Cuando bajó del tren, nada le resultaba familiar, ni la lengua, ni las casas, ni siquiera los árboles y las flores. Las caras de la gente le parecían todas extrañas, mientras que ella, sorprendentemente, no atraía la mirada de nadie. Esto la alegró, tomó sus maletas y se echó a andar en dirección de la plaza central. Se detuvo en un hotelito cuyo suelo estaba tapizado de basura y en el que, como el viaje en tren la había entumecido un poco, decidió descansar. Todavía nadie había notado su presencia. Se quitó los zapatos, el sombrero y el saco, luego se recostó sobre una banca y enseguida se durmió.

No sentía temor alguno.

A su alrededor, la mañana parecía haberse detenido.

Nadette tuvo un sueño: un hombre la acaricia con vehemencia, le lame los labios y los dientes que ella le ofrece como un caramelo, luego la penetra con avidez. Otro hombre se acerca entonces y le hace señas de que no, que hay que volver a empezar, que eso no resulta verosímil, que ella no parece estar gozando, que debería gritar, transpirar, caer, jalarle el cabello al hombre, sacudirle los hombros, hacerlo entrar más profundamente dentro de ella.

Despertó lentamente, sorprendida por el chalet, por la plaza, por los transeúntes extraños y despreocupados. Encogió las piernas sobre la banca y miró el muro detrás del chalet: *graffitis* en len-

gua extranjera, dibujos obscenos, corazones atravesados por flechas, banderas. Se pasó la mano por la cara, por el cabello, por los pies. Cuando se enderezó, vio que le faltaba una maleta, o más bien una bolsa, donde guardaba su dinero, su cámara fotográfica, su calculadora, su lámpara de bolsillo, la pequeña marioneta de madera que pensaba utilizar para trabajar en sus bocetos. Miró a su alrededor, hurgó en sus bolsillos, se percató de que le habían sacado el pañuelo, los fósforos, los condones, las aspirinas, todo menos su pasaporte —cosa de la que se alegró. También vio que le habían dejado dinero local y una nota que decía: “El próximo tren parte a las 11 hrs”.

Tomó la maleta grande, se presentó en el hotel rosa y verde que se encontraba en el otro extremo de la plaza y trató de entablar conversación con el hotelero. En francés, luego en inglés, por fin en alemán, lengua que pareció entender un poco el anciano rechoncho y taciturno que la miraba con lentos ojos azules. El hombre acabó por sonreírle y decirle “Nur ein yacht”, le dio una llave indicándole el primer piso. La sombría escalera, el olor a pescado y a encerrado, los crujidos del piso y de los muros, de repente todo le recordó su tierra natal, la casa familiar, los techos que chorreaban, los insectos detrás de las puertas. Su habitación no daba hacia la plaza sino a un patio cerrado donde no jugaba ningún niño. Depositó sus cosas, dio algunos pasos alrededor de la cama y, contra toda lógica en vista del calor que hacía, fue a cerrar la ventana. Los pájaros se callaron, la brisa se inmovilizó, el calor se volvió insoportable.

Nadette se desvistió: la playera, el brasier, la falda corta, la pantaleta que hacía juego con el brasier. Se recostó sobre las sábanas, su cabellera de alga cubrió la mitad de la almohada, el vello púbico pelirrojo y al ras contrastaba con su piel blanca y lustrosa. Se puso a mirar

un grabado colgado en la pared que tenía enfrente: una mujer que hace muecas y cuyos miembros desarticulados recordaban vagamente a su marioneta desaparecida. Su mano empezó a deslizarse sobre sus caderas, sus piernas, luego se hizo ovillo entre las piernas y de golpe todo su cuerpo se dobló como el de un niño a punto de dormirse. Así permaneció un rato, luego el narrador de esta historia de pronto se cansó y de nuevo se interesó por la plaza central. Lo que observó allí fue la calma, la pereza, la lentitud de todas las pequeñas ciudades del mundo. De todos los pueblos. Sin embargo, sí, algo parecía extraño. No habría sabido decir el qué, ni por supuesto describirlo. Algo no funcionaba, no existía.

Eran las nueve y veinte. Hacía un calor tórrido.

En la plaza, un hombre limpiaba la basura que estaba alrededor del chalet, otro repintaba los muros llenos de *graffitis*, unos niños jugaban con una bolsa de TWA y proyectaban el haz de luz de una lámpara de bolsillo de una cara a otra en medio de grandes carcajadas. El narrador escuchaba reír por primera vez desde el comienzo de su historia, y eso lo regocijó, como por cierto se regocijó con la llegada de su personaje, el primero desde hacía mucho tiempo.

Nadette, quizá Adine. Tenía 29 años, 32 a lo sumo. Era hermosa, venía de lejos, le gustaba recostarse desnuda bajo la canícula, no sabía por qué la gente de ese pueblo parecía tan extraña. Sobre todo, acababa de abandonar todo. Durante cinco años había actuado en Nueva York en películas pornográficas, cosa que nunca la había apartado del placer de la carne, que sabía distinguir del placer relacionado con el dinero, pero que la había dejado vacía de energía. Estaba en busca de otra cosa, de su propia vida que la había abandonado poco a poco, dejándola sola, dislocada y como cubierta por una fina película de plástico. Fue así co-

mo emprendió ese viaje a un país lejano y desconocido, con una última esperanza de reencontrar su vida.

Elisa se durmió y tuvo otro sueño: va caminando entre la basura de una playa pestilente, tropieza con ratas y culebras y, mientras canta una tonada lasciva y tropical, fotografía viejas botellas y manubrios de bicicleta oxidados. Aparece un hombre frente a ella, hacen el amor en la arena viscosa y, cuando él está a punto de gozar, ella le tiende una navaja de afeitar resplandeciente y le propone hacerla deslizar por sus respectivas gargantas.

El narrador de esta historia, sin embargo, prefiere desviarse del sueño de Alice, que considera más bien siniestro. Mejor hablará de los niños que jugaron con la marioneta de la joven mujer, doblando sus extremidades en todos los sentidos, y con el reloj de bolsillo, abriéndolo y cerrándolo sin parar, preguntándose la hora que sería en diferentes países, haciendo apuestas con el dinero encontrado en la bolsa, decidiendo luego quién era el ganador mediante un cálculo en el que intervenían factores tan sorprendentes y disparatados como el horario de los trenes y el ciclo de la luna.

Durante ese tiempo, Esther se levantó, volvió a vestirse, se pasó la esponja por la cara y salió del hotel.

Se paseó un rato alrededor de la plaza, encontró cerca del chalet algunas de las fotos donde posa desnuda y cuya ausencia en sus pertenencias no había notado; en vano sonrió a un policía que a todas luces no la vio en la esquina de la calle y, con la gruesa maleta en mano, se dirigió lentamente a la estación. A las 10.55 subió al tren con rumbo a W.

El narrador de esta historia la siguió, nada complacido de ver desaparecer a su personaje. Cuando ella se marchó, despechado, dejó trotar la mirada por la plaza, recorriendo en silencio el escenario desierto, las calles ardientes, el cielo blanco. Hasta el momento en que su atención se fijó de repente en un *graffiti* olvidado por el pintor que a su vez dormitaba sobre la banca del chalet. El *graffiti*, escrito en tres lenguas, sin duda para bien de los escasos turistas de paso, decía: La vida también nos ha abandonado, favor de buscarla en otra parte.

*Traducción de Laura López Morales
y Margarita Montero*

Había una vez la poesía quebequense

 **Bernard Pozier**

► **Prólogo de *Latinos del norte: Antología de la poesía quebequense*, publicado recientemente bajo el sello del FCE en la colección *Tierra Firme*.**

*y Quebec siempre él que
a la garganta te sube y
muerte en el corazón*

GASTON MIRON

SITUACIÓN

O oficialmente, Quebec es una provincia de Canadá. En realidad, este vasto territorio de 1 540 680 kilómetros cuadrados, poblado de siete millones de habitantes, de los cuales el 85% son francófonos, representa una particularidad de las Américas. Con su lengua, su cultura propia, su bandera, su Asamblea Nacional, su fiesta nacional, su capital nacional, su mentalidad, su pertenencia tanto a la francofonía como a la latinidad, el pueblo quebequense tiene poco en común con el bloque anglófono de los estadounidenses y de los otros canadienses de origen y mentalidad anglosajones. Representando la versión francófona de América, Quebec funciona de hecho de una manera autónoma, salvo en el plano político, donde se empantana al infinito en la dualidad Quebec-Canadá. Lo único que le falta a Quebec es la valentía de llamarse con su propio nombre.

En esta extraña región, la lengua y la cultura son temas de debates cotidianos, de movimientos populares y de querellas políticas y jurídicas que se eternizan desde 1760. Es en esta tierra donde nace la literatura quebequense, un fenómeno cultural hartamente singular, suerte de punto convergente del espíritu francés y la continentalidad americana. La poesía, ciertamente, se ilustra como una de las puntas de lanza de esta expresión y go-

za de un estatuto privilegiado en la literatura, en el sentido de que la poesía es de alguna manera el género mayor, aun si los medios de comunicación tratan a veces de negárselo. Como en todos los pueblos jóvenes, la escritura poética representa la expresión inicial, la palabra del pueblo, *su esencia*. De ella nacen los movimientos políticos, por ella evoluciona la conciencia social. Siendo la casi totalidad de los intelectuales y artistas quebequenses independentistas, separatistas o en favor de la autonomía, la poesía, desde su nacimiento, ha llevado las aspiraciones del pueblo, ha dado los principales jalones para su emancipación y ha ayudado a salir de “la gran oscuridad” (1948-1959?), época marcada por una picota político-religiosa.

En la actualidad, la poesía quebequense cuenta mucho en la producción cultural y más concretamente en la propagación de la existencia de Quebec como nación autónoma, como pueblo específico en el mundo, a través sobre todo de coediciones, traducciones y de participación en lecturas y coloquios. Existen igualmente centros de estudios de poesía quebequense en diversos países de Europa y de América y aun en otros continentes. ¡Desde luego es la única versión no minoritaria de la América en francés!

ORÍGENES

La poesía quebequense nace en el siglo XIX entre las élites del clero y de los profesionistas liberales que tienen el tiempo y la instrucción necesarios como para entregarse a la delicia de inquietar a las musas. Al inicio surge dentro un espíritu muy francés, directamente conectado con las obras románticas que los barcos traen de la madre patria: se lee y se imita a Hugo, a Lamartine, a Musset y a Vigny, y se tiene a menudo la nostalgia de la Francia perdida. Después, poco a

poco, se busca en el sitio héroes y modelos para habitar nuestros textos y estimular a nuestra gente; de esa manera, entran en la literatura nuestra realidad y nuestras palabras para hablar de nuestra historia, nuestra naturaleza, nuestro invierno, nuestras luchas, nuestra existencia. Es el de la identidad, pues, el primer gran tema de la poesía quebequense. Octave Crémazie y Louis Fréchette se cuentan entre los primeros versificadores en testimoniar la presencia francesa en suelo americano y en proclamar nuestra singularidad. Muy especialmente lo testimonia *La légende d'un peuple*, de Louis Fréchette, epopeya histórico-poética, el gran clásico de la poesía romántica quebequense del siglo XIX.

Figura mítica, Émile Nelligan (1879-1941) es ciertamente el poeta quebequense más importante. En alguna medida es una condensación de Rimbaud, de Verlaine y Baudelaire, pero es a la vez y siempre profundamente distinto; él representa la figura misma de la poesía. Se le han consagrado numerosos poemas, novelas, canciones, películas y hay inclusive una ópera; encontramos su rostro en tarjetas postales, en carteles y en suéteres. Muy joven aún escribió toda su obra, *El recital de los ángeles*, en la confluencia del romanticismo y el simbolismo, pintando con estrépito en la fulguración de su adolescencia el invierno doloroso de su alma: "Yo que camino a ciegas en mi juventud oscura". Su internamiento en un hospital psiquiátrico por motivos inciertos añade a su leyenda múltiples interpretaciones. Pero no hay quebequense que ignore versos como: "¡Ah, cómo la nieve ha nevado! / Mi vidrio es jardín de escarcha. / ¡Ah, cómo la nieve ha nevado! /, ¡Qué es, sino el espasmo de vida / en el dolor que tengo, que tengo!"

CUESTIONAMIENTOS

En la primera mitad del siglo XX es notable sobre todo una poesía atormentada, de reflexiones y cuestionamientos, que ha sido calificada de introspectiva; se habla asimismo de una poesía de la soledad. Esta última testimonia sobre todo la dificultad de vivir en una sociedad dominada por la Iglesia católica, la estrechez política del régimen de Maurice Duplessis y el poder del dinero de los

anglófonos: tres de las causas que confinan a los quebequenses a una situación de dominados y subalternos. Esta sumisión forzada se redobla con el temor creado por la religión, donde todo impulso de vida es pecado, donde la única vida posible e importante es la vida eterna, donde uno de los principales obstáculos para la salvación es el cuerpo. Esta dificultad del existir como ser nutre en adelante toda la poesía hecha en verso libre de Hector de Saint-Denys-Garneau, de Alain Grandbois y de Anne Hébert. El primero, por ejemplo, escribirá: "Camino al lado de un gozo / de un gozo que no es mío / de un gozo en mí que no puedo tomar".

El quebequense de la mitad del siglo vive numerosas desposesiones: sin verdadero país, en un Canadá con el cual no consigue identificarse, sin continente, porque el nombre lo han usurpado los estadounidenses, sin poder, por estar bajo la férula de los ricos anglófonos, mantenido en la ignorancia por su propio gobierno y privado de deleites por las prohibiciones de su clero. En 1948 la cólera encuentra sus formas: *Le vierge incendié* de Paul-Marie Lapointe, que llegará a ser uno de los más importantes poetas quebequenses contemporáneos, y el manifiesto *Refus global* de Paul-Émile Borduas, firmado también por varios escritores y artistas, y el cual propone "romper definitivamente con todos los hábitos de la sociedad", y "¡dar sitio a la magia!, ¡dar sitio a los misterios objetivos!, ¡dar sitio al amor!, ¡dar sitio a las necesidades!" El surrealismo llega al rescate para proponer y favorecer la liberación de los cuerpos y los espíritus ya demasiado tiempo aprisionados en la camisa de fuerza de la moral social y religiosa. Claude Gauvreau, Roland Giguère, Gilles Hénault y Thérèse Renaud representan bien este periodo de liberación.

AFIRMACIONES

Los años sesenta ven nacer uno de los movimientos más importantes de la historia de la poesía quebequense, corriente que coincide del todo con la aspiración popular de tomar en nuestras manos nuestro propio destino: el nacionalismo. A causa del hecho de que los poetas dicen lo que las gentes quieren oír, será

también la edad de oro de esta poesía. La tradición oral y la multiplicación de las lecturas públicas serán factores importantes. La venta de los libros de poesía florecerá. La idea de un Quebec soberano, nacido en el imaginario poético, será poco a poco asumida política y económicamente. Serán los principales voces de este movimiento Gaston Miron, con *L'homme rapaillé*, Gatién Lapointe, con *L'ode au Saint-Laurent*, Michèle Lalonde e Yves Préfontaine, incluyendo a Gérald Godin, quien se convertirá en poeta-ministro. Gatién Lapointe escribe: "Con la primera rama del año / un pueblo traza sobre la tierra su libertad".

Los años setenta representan bien lo que es Quebec, proponiéndonos principalmente tres ejes en torno de los cuales se articula su poesía. En primer lugar, la influencia del formalismo francés, que lleva a los nuevos poetas, más intelectuales aun que sus mayores (puesto que ahora se reúnen en las nuevas estructuras escolares quebequenses, que son los colegios laicos y las universidades públicas de Quebec, y, sobre todo, en los talleres literarios), a reflexionar más sobre las posiciones frente a la escritura y los materiales textuales, y para crear textos espejos, sin compromiso político, seriamente teóricos o gratuitamente lúdicos. Les Herbes Rouges y La Nouvelle Barre du Jour serán las principales casas editoras que se encaminan en ese sentido.

Por otro lado, la influencia californiana de la contracultura será también un modelo adoptado y adaptado por los poetas quebequenses. El rock, la droga, la sexualidad, la ciudad, las *vedettes* y otros atributos del arte pop harán su entrada en la poesía, como también lo harán las marcas de comercio, la *fast food* y el ideal un poco ingenuo de rehacer el mundo por la paz y el amor. Lucien Francœur, poeta y rockero, Claude Beausoleil, Jean-Paul Daoust, Denis Vannier, Josée Yvon y Louis Geoffroy se reunirán principalmente bajo las banderas de *Cul. Q* y *Hobo/Quebec*. Agrupar desde entonces a los poetas según las corrientes y las casas editoriales aparece como un síntoma de época, donde el trabajo poético no es ya un asunto de soledad, sino algo público, colectivo, social.

¡Entre estos dos modelos, el espíritu francés y el cuerpo americano (en el sentido continental), se balancea el corazón quebequense!

Un tercer movimiento señala la década de los setenta: el feminismo. Tendrá mucha importancia porque invertirá un poco la tendencia: en lugar de encontrar sus fuentes en Francia o en los Estados Unidos, influirá en otros feminismos, principalmente en aquellos de los países europeos francófonos, y representará en ocasiones la puerta de entrada que despertará el interés de los lectores y lectoras del mundo en nuestra poesía. Puesta al día de la historia de las mujeres, aproximación a temas hasta entonces tabúes o bien callados, feminización de la lengua, revuelta contra el universo falocrático, reivindicaciones por la igualdad de sexos, nuevas casas editoriales, nuevas voces: todo ese hervidero viene a subrayar de nuevo que la mujer está más presente y activa en la literatura, en la poesía y en la sociedad quebequense que en la mayoría de los otros países. "Hablar no se aplica de la misma manera a las mujeres", proclama Nicole Brossard. Numerosas autoras están allí para probarlo: France Théoret, Denise Boucher, Madeleine Gagnon, Louise Cotnoir, Madeleine Ouellette-Michalska, Louise Dupré, Germaine Beaulieu, Louise Desjardins y Carole David, entre otras. Desde hace 20 años la revista *Arcade* se consagra exclusivamente a la palabra creadora de las mujeres y ha creado un premio de las nuevas generaciones en el campo femenino. Para entender la importancia de las mujeres en la poesía quebequense, es necesaria también la lectura de la apasionante *Anthologie de la poésie des femmes au Québec* de Nicole Brossard y Lisette Girouard, publicada por las ediciones feministas del Remue-Ménage.

Y AHORA...

Las dos últimas décadas del siglo XX, más difícilmente perceptibles para tratarse en el plano crítico, están sobre todo señaladas por el abandono de esos grandes movimientos colectivos que reunieron a los poetas de los años sesenta y setenta: el nacionalismo, el formalismo, la contracultura, el feminismo. Cada adquisición de estos movimientos permanece en el arsenal posible de las escrituras y cada corriente se prolonga, pero en manifestaciones distintas y en obras más aisladas. El regreso del péndulo lleva de nuevo al poeta hacia su so-

ledad y hacia sí mismo antes que a lo social; se habla de neolirismo, de neorrealismo y de neorromanticismo para describir esta poesía, que no es fácil designar, porque bate en el ritmo de cada uno, en preocupaciones cotidianas y singulares, en emociones personales frente al mundo reventado de este fin de siglo y de milenio y de este inicio de siglo y de milenio.

Ahora el aspecto social de la poesía fue tomado más por las actividades de la vida literaria; la mayor parte de los poetas son miembros de la Unión de Escritores y Escritoras Quebequenses y se encuentran en los lanzamientos de libros, en charlas, en coloquios, en emisiones de radio y televisión, en las numerosas lecturas públicas, en las míticas "noches de poesía", o en festivales en muchas partes del mundo, entre otros en el Festival Internacional de Poesía de Tríos-Rivières, capital de la poesía. Se cruzan y entrecruzan voces y vías muy abigarradas. Una de las características de finales de los años noventa es sin duda que, acaso por primera vez, todas las generaciones de poetas están activas y publican al mismo tiempo.

Así, muy recientemente, hemos tenido acceso a los libros de poemas de nuestros mayores como Anne Hébert (1916), Roland Giguère (1929) y Alphonse Piché (1917), rebelde ante la vejez, la enfermedad y la muerte, pero también a los libros de poetas que alcanzan la madurez literaria como Nicole Brossard (1943), André Roy (1944), Denise Desautels (1945), Jean-Marc Desgent (1951), Claude Beausoleil (1948) y Yolande Villemaire (1949), que expresa maravillosamente la esencia del alma quebequense en la imprescindible *Céleste tristesse*: "Nuestro destino es avanzar profundamente en el país de las sombras y eso exige de nosotros una gran fuerza de alma". Al mismo tiempo voces más jóvenes se dan a conocer como Serge Patrice Thibodeau, Denise Brassard y Éric Roberge, con sus amores guerreros.

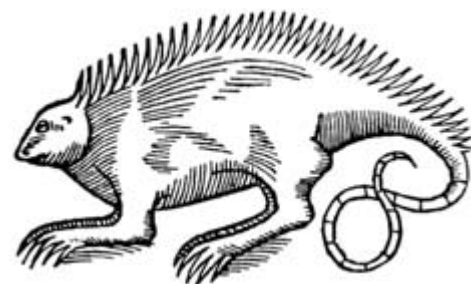
En un ensayo intitulado *Le motif de l'identité dans la poésie québécoise* el poeta Claude Beausoleil circunscribe los temas cruzando todas las edades de la joven poética quebequense. Lo que se encuentra una y otra vez en las obras de todas las corrientes se agrupa en torno de nueve asuntos: la identidad, la lengua, la rebeldía, Quebec, el espacio ur-

bano norteamericano, las formas de la modernidad, la palabra de las mujeres, el lirismo y el paisaje mestizado. ¡En alguna parte, entre todos estos temas, se juega en efecto la razón de escribir poesía en Quebec!

La poesía quebequense actual cuenta sobre todo con dos casas editoriales que le son consagradas totalmente: *Écrits des Forges* y *Noroît*. A su vez éstas son apoyadas por editores literarios que consagran una parte de su catálogo a la poesía, como *L'Hexagone*, *Les Herbes Rouges*, *Leméac*, *Trois*, *Tryptyque*, *Lanctôt*, *Boréal*, *Planète Rebelle*, *Les Intouchables* y algunos otros. Anualmente aparecen en Quebec entre 200 y 300 libros de poesía, de los cuales se venden un promedio de entre 300 y 500 ejemplares, pero algunos llegan a varios miles. Todo eso sólo para seis millones de quebequenses francófonos. Es necesario también resaltar algunas revistas, principalmente *Estuaire*, *Exit*, *Moebius*, *Liberté*, *Le Sabord*, *Entre-lacs* y *Lèvres Urbaines*. Por el lado de los diarios sólo *Le Nouvelliste* publica poemas cada día, pero *La Presse*, *Le Devoir* y *Le Soleil* consagran algunos espacios críticos, lo mismo que revistas como *Lettres Québécoises*, *Voix et Images*, *Québec/français* o *Nuit Blanche*. Por el lado de los estímulos, los poetas quebequenses pueden concursar para numerosas becas y premios literarios.

Por encima de todo, la poesía quebequense actual, yendo de más a más, se hace un sitio dinámico de recepción e intercambio con la de otros países.

Traducción de Marco Antonio Campos
y Mónica Mansour



La primavera de Quebec

 **Gatien Lapointe**

Traducción de Marco Antonio Campos

Soplo de fuego en la garganta de la nieve,
Raíces amotinando el profundo color—
¿de cuál exilio este grito de manantiales y hojas?

Estalla una palabra en nuestros puños en estelas de pájaros,
En senderos de estrellas se eleva la loca esperanza.
Nuestras manos que montan el joven rocío,
—¡Oh, y ya el río en fiesta de islas y de golondrinas!
De una eternidad única habitamos el mundo.
Un ramo surgido en el primer paso del tiempo,
Resplandeciente espada en los ojos de nuestra historia,
La tierra tiembla aun en nuestra infancia.
Nacemos —horizonte de oleadas vivaces,
Jornada de pie en la batalla humana.
Para siempre el abril del fuego cierra nuestras heridas,
Boca a boca abrimos el umbral de una patria,
Todo en sangre todavía bajo el ala del sol,
Con la primera rama del año,
Un pueblo traza sobre la tierra su libertad.

• *Poema tomado de Latinos del norte. Antología de poesía de Qubec, selección y prólogo de Bernard Pozier, traducción de Marco Antonio Campos y Mónica Mansour, recientemente publicado por el FCE (colección Tierra Firme) en colaboración con Écrits des Forges de Quebec.*

Elegía de la imagen/ Élégie de l'image

☞ **Alí Chumacero**

Traducción al francés de Denys Bélanger

Diré que te perdía sin saberlo.
Era mi corazón el signo de tu mano,
la mirada destruida cuando cierras los ojos,
el temeroso eco de la palabra última
navegando entre lágrimas.

Me adormecía fúnebre caricia
al respirar tu piel como una larga ausencia,
y en mi desesperanza oía
esa respiración que te arrastraba,
indefensa, a las aguas del silencio.

Ahora pienso en tu infinita
ternura, como limpia canción de madrugada,
en la brisa caída de tu cuerpo
en aquellos gemidos que me dejaban solo
a tu lado, como un presentimiento,
viajero yo también de tu melancolía.

Al espacio pregunto, al aire escucho,
y hallo sólo la voz de tu lamento
en un lenguaje aciago fluyendo hacia mi oído.
Pero aunque seas lánguida ceniza
o la eterna viajera fugitiva,
permanezco diciendo: "Imagen mía,
perdida por los siglos de los siglos."

Je dirai que je te perdais sans le savoir.
Mon cœur était le signe de ta main,
le regard détruit quand tu fermes les yeux,
l'écho craintif de la parole ultime
naviguant dans les larmes.

La funèbre caresse m'endormait
en respirant ta peau comme une longue
absence,
et dans mon désespoir j'entendais
cette respiration qui te traînait,
sans défense, aux eaux du silence.

Maintenant je pense à ton infinie
tendresse, comme à une claire chanson du
matin,
dans la brise tombée de ton corps
et dans ces gémissements qui me laissaient
seul
à ton côté, comme un pressentiment,
voyageur moi aussi de ta mélancolie.

Je questionne l'espace, j'écoute l'air,
et je ne découvre que la voix de ta lamentation
dans un langage funeste coulant vers mon
oreille.

Mais, bien que tu sois cendre languissante
ou l'éternelle voyageuse fugitive,
je reste pour te dire: "Ô mon image,
perdue pour les siècles des siècles."

• Con motivo del Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines-Gatien Lapointe 2003 - Prix International de Poésie Gatien Lapointe-Jaime Sabines 2003, el FCE ha publicado Responso del peregrino/Répons du Pèlerin, edición bilingüe incluida en la colección Entre Voces. El poema reproducido en estas páginas ha sido tomado de dicha obra.

Kamouraska

👉 Anne Hébert

► El siguiente texto ha sido tomado de *Literatura francófona: II. América, compilación, notas y traducción de Laura López Morales, publicado en 1996 por el FCE en la colección Tierra Firme.*

IEchada! Me han echado de la habitación conyugal. Me han echado de mi lecho. Hace 18 años este hombre tierno al lado mío, en una enorme cama de madera tallada, colchón de plumas, sábanas de tela. Heme aquí en la camita ridícula de Leontine Mélançon, institutriz de los niños. Desde ayer la señorita duerme en un sofá en la habitación de Anne-Marie. Mi marido está tan enfermo. Aquí huele a tinta y a solterona. Hay que dormir. Dormir. Rápido antes de que arriba los niños se despierten. Acostumbrarme a dormir sola, sin el auxilio del hombre. Presencia de un cuerpo bajo las cobijas. Calor que irradia. El abrazo que da confianza. Absolución de todo mal, breve eternidad, reconciliación con el mundo entero. Mi pequeño Jérôme, ahora puedo confesarle, sin ti me habría muerto de terror. Devorada, desgarrada por las pesadillas. ¡El espanto se yergue como una tormenta! Un hombre lleno de sangre yace para siempre en la nieve. ¡Allí lo veo! Con su brazo duro congelado, levantado, tendido hacia el cielo. ¡Ah, Jérôme, esposo mío! ¡Tengo tanto miedo! Tómame una vez, quiero volver a encontrar por una vez mi salvación. Un poco de paz. ¡Por fin el sueño!

La señora Rolland se endereza en la cama de Leontine Mélançon, extrañada de verse allí recostada, completamente vestida. Debo haberme adormilado.

Dos veces intenta destender las cobijas que envuelven perfectamente el col-

chón, sin una arruga. Se desabrocha la blusa, el cinturón. Sueña con llamar a alguien que le quite sus altos botines, pero no se atreve a hacerlo por temor a despertar a los niños. Con la boca llena de horquillas para el pelo se agacha para desabrocharse los botines, se ahoga con una, casi se la traga. Lloro con grandes sollozos, llenos los ojos de mechones despeinados. Un seno sale del corsé.

Por fin se acuesta. Encima de las cobijas. Ese olor agrio de virgen mal aseada, ¡no, no puedo soportarlo! Elisabeth cierra los ojos.

¡Culpable! ¡Culpable! ¡Señora Rolland, es usted culpable! De un salto Elisabeth se incorpora. Aguza el oído. En el piso de abajo el paso solemne de Florida se atarea en torno a la cama de Jérôme. ¿Acaso mi marido está peor? No, pues seguro que Florida me avisaría. Hay que dormir. También es culpa de esa muchacha lúgubre. No deberíamos haberle dejado a mi marido enfermo. Sabe Dios qué ceremonia demoniaca estará cocinando con él. Mi pobre marido en complicidad con Florida, a riesgo de perderse para siempre. Mi marido muere otra vez. Suavemente en su lecho. La primera vez en medio de la violencia, la sangre y la nieve. No dos maridos que se sustituyen uno al otro, que se siguen uno al otro, en los registros de matrimonio, sino un solo hombre que sin cesar renace de sus cenizas. Una larga serpiente única que se forma y vuelve a formarse sin fin, con sus anillos. El hombre eterno que me toma y me abandona al mismo tiempo. Su primer rostro cruel. Yo tenía 16 años y quería ser dichosa. ¡Canalla! ¡Maldito canalla! Antoine Tassy, señor de Kamouraska. Luego viene el destello sombrío del amor. Ojos, barba, pestañas, negros. El amor negro. Doctor Nelson, estoy enferma y ya no volveré a verlo. ¡Bonito tríptico! El tercer rostro es tan suave e insulso, Jérôme. Jérôme, Florida se encarga de ti. Y yo, ¡quiero dormir! ¡Dormir!

¿Acaso Florida está desplazando muebles? ¿Qué diablos estará haciendo? Toda la casa le pertenece ahora. Ordena, dispone, prepara los muebles y las habitaciones para la ceremonia. Abre completamente la cochera. Oigo cómo golpean las dos puertas. Estoy segura de que Florida abrió la puerta que da a la calle. ¿Qué le sucede? ¡El sueño! ¿Acaso es el sueño? Florida con sus pantorrillas de gallo. Sé que monta guardia en la banqueta. Ahora la veo muy bien, la oigo y la veo. Lleva una alabarda al hombro derecho, un verdadero guardia suizo en la iglesia. Ese delantal almidonado, que se puso esta mañana, revolotea en su cuerpo enjuto. Grita horrores en dirección de los transeúntes de la misa de siete: “¡Oíd, buena gente, oíd! El señor se muere. La señora es la asesina. Venid. Venid todos. Someteremos a juicio a la señora. Cocinaremos a la señora cual conejo descuartizado a todo lo largo. Trituraremos sus cochinas entrañas llenas de cochinas tripas. ¡Oíd, buena gente, oíd! El acta de acusación está escrita en inglés. Por los amos de este país”:

En la banca real de la corte de Su Majestad, los miembros del jurado, nombrados por Nuestra Señora Soberana la Reina, juran que Elisabeth Eléonore d’Aulnières, oriunda de la parroquia de Kamouraska, en el condado de Kamouraska, en el distrito de Quebec, esposa de un tal Antoine Tassy, el 4 de enero del segundo año del reinado de Nuestra Señora Soberana Victoria, por la gracia de Dios, Reina del Reino Unido e Irlanda, defensora de la fe, haciendo uso de la fuerza y de las artes en dicha parroquia, en dicho condado, con maldad y mala fe, en contra de los mandamientos de la ley, preparó un veneno mortal, a saber, una onza de arsénico blanco mezclado con coñac y el dicho veneno, el mismo día y año citados, con fuerza y armas, y en la susodicha pa-

roquia, del susodicho condado, criminal y malévolamente, de mala fe y contra la ley, administró y obligó a tomar el dicho veneno a Antoine Tassy, quien allí y en aquel momento era súbdito de nuestra mencionada Señora Reina, con la intención, malicia y premeditación, de envenenar, matar, asesinar al susodicho Antoine Tassy, en contra de Nuestra Señora Reina, de su corona y dignidad. “¡Oíd, la corte está abierta!”

[...]

En vano acecho los pasos de un caballo, el paso de un trineo. ¿Es posible que ya no vuelva más a rondar bajo mis ventanas? Por un instante me atrae hacia él, me llama “Elisabeth”. Luego me aleja de inmediato. Huye. No debí haberle confesado que, por la noche, inclinada en mi ventana... Cómo me miró. Su mirada penetrante. Su aire acosado.

Se encierra en su casa. Se pertrecha cual criminal. Me aproximo a su soledad, tan cerca como puedo hacerlo. Lo importuno, lo atormento. Igual que él me molesta y me atormenta.

—Ese hombre es un extranjero, sólo se puede desconfiar de él, como él desconfía de nosotros.

—Cállate, Aurélie. Vete, Aurélie. Estoy demasiado ocupada.

Me concentro. Cierro los ojos. Parece que estoy evocando espíritus y sin embargo lo que busco es la vida misma... Allá, en el mero extremo de Sorel. Un hombre solo, con los codos sobre la mesa de la cocina. Un libro abierto frente a él, con las páginas inmóviles. Leer por encima de su hombro. Insinuarme en lo más profundo de su ensoñación.

No se le pierde de vista, alumno Nelson. Se le siguen las huellas. Todos los protestantes son unos... Esa vieja gorra de foca mal curtida.

Quien dice “el” mesa, en vez de “la” mesa, se delata. El que dice “la Biblia” en lugar de los “santos evangelios”, se delata. El que dice “Elisabeth”, en lugar de “señora Tassy”, se compromete y compromete a esa mujer con él.

La maravillosa caridad. Elegir la medicina como una vocación. La compasión abierta cual herida. Todo eso debería tranquilizarlo. Usted combate al mal, a la enfermedad y a las brujas con igual pasión. ¿De dónde viene, pues, que a pesar de su bondad, apenas si lo quieren

en la región? Le temen, doctor Nelson. Como si en el fondo de su demasiada visible caridad se ocultara una temible identidad... Más allá del protestantismo, más allá de la lengua inglesa, el pecado original... Busque bien... No es un pecado, doctor Nelson, es una gran pena.

Echado, su padre lo echó de la casa paterna (con sus columnas blancas y su frontón colonial), con su hermano y su hermana, como a ladrones. Tres muchachitos inocentes, tratados como a ladrones. Su madre llora sobre el cristal de la ventana. En Montpellier, Vermont.

La independencia americana es inaceptable para los verdaderos legitimistas. ¿Acaso no es preferible expedir a los hijos a Canadá, antes de que se vean contaminados por el nuevo espíritu? Que se conviertan a la Iglesia católica romana. Que aprendan el francés, si es preciso. Todo, con tal de que permanezcan fieles a la corona británica.

—¿Usted no conoce a mi familia, Elisabeth? Se equivoca. Verá cómo nos parecemos, los tres, desde que nos convirtieron al catolicismo a mi hermana, a mi hermano y a mí...

Un día me hablarás de “tú”, amor mío. Me contarás que tu hermana Cathy entró con las Ursulinas, a los 15 años. Evocarás su nariz aguileña y sus mejillas infantiles, llenas de pecas. También hablarás de tu hermano Henry, jesuita, que predica convincentes retiros.

Buscas mi cuerpo en la oscuridad. Tus palabras son extrañas. El tiempo no existe. Nadie más que yo debe oír las. Estamos desnudos, acostados uno junto al otro, durante la eternidad. Murmuras en mi hombro.

—Y yo, Elisabeth, juré ser un santo. ¡Lo juré! Y creo que nunca en mi vida sentí tanta rabia.

De nuevo un joven estudioso, clavado en sus libros, en una casa de madera. Un ridículo estribillo da vueltas en su cabeza: “¡No ser sorprendido cometiendo una falta! Ante todo, ¡no ser sorprendido cometiendo una falta!” Te levantas precipitadamente, acomodas tus libros. Te pones el abrigo, la gorra, los guantes. ¡Qué precisión en tus gestos, a pesar de la precipitación! Parecería que el doctor es llamado por sus enfermos. Bien sabe que, una vez más, enganchará el trineo y vagará por las calles de Sorel, a riesgo de... Pasar tal vez 10 veces, frente a las ventanas de la señora Tassy... Entre el

temor y la esperanza, inextricablemente ligados, de ver aparecer al malvado marido, echado de la casa de su mujer y apareciendo por la esquina de la calle. Encararlo. Liquidarlo como a una perdiz. Antoine Tassy nació perdedor. “A aquel que no posee nada, todavía algo le será quitado.” Le tomaré su torre. Le tomaré a su reina. Le tomaré a su mujer, es preciso. No puedo soportar la idea de que... Una mujer, tan hermosa y conmovedora, torturada y humillada. Acostada en el lecho de Antoine, golpeada por Antoine, violada por Antoine, raptada por Antoine. Restableceré la justicia inicial del vencedor y del vencido. En el tiempo que dura un relámpago, entrever la reconciliación consigo mismo, buscada en vano desde el comienzo de sus recuerdos. Descubrirse hasta el hueso, sin el menor asomo de impostura. Confesar por fin su mal profundo. La desesperada búsqueda de la posesión del mundo.

Poseer a esa mujer. Poseer la tierra.

Yo soy esa que George Nelson llama por la noche. La voz del deseo nos alcanza, nos dirige y nos devasta. Una sola cosa es necesaria. Perdernos para siempre, los dos. Uno con el otro. Uno por el otro. Yo misma extranjera y maléfica.

[...]

Después de la partida de Antoine, el tiempo es suave y apacible. George y yo aparentamos creer en la dulzura y en la paz del mundo. Juguemos el juego. Discretamente. Hagamos proyectos para el futuro. Hablemos amablemente de carnos. De eliminar a Antoine de la faz de la tierra. De la manera más sencilla y más correcta que existe.

A veces nos encontramos cerca de la iglesita. Caminamos con paso medido. Jugamos al señor-y-señora que pasean. Con la cabeza, saludamos distraídamente a los escasos paseantes. Insensiblemente nos dirigimos al campo.

Aunque sea poco probable que mi marido rete a duelo a mi amante, elegimos cuidadosamente un prado, en el lindero del bosque. Imaginamos a nuestras anchas el amanecer. La luz temblorosa en el rocío. Las camisas blancas. Los testigos de cara patibularia. La caja negra del cirujano. La elección de las armas. Las pistolas pesadas y brillantes. Los 15 pasos reglamentarios. La detona-

ción brutal en el aire sonoro. La breve celebración de la muerte. Disipado el humo, se descubre al vencedor, con la cabeza descubierta. De pie en pleno campo. Empuñando el arma humeante. Contempla con ojos despavoridos a su adversario, tirado sobre el prado. Se hizo justicia. Allí está la esposa llorando. Corriendo hasta perder el aliento por la hierba mojada. Sus zapatos están empapados. Se levanta las faldas para correr mejor. Grita con el inimitable acento de las viudas. “¡Es mi marido, pero ha matado usted a mi marido!” Pobre Antoine, ya está. Tu robusto pecho abierto por una bala. Tu corazón arrancado como un diente de leche. Tu sangre derramada. Tu rubia axila donde el sudor se coagula. Por más que se diga que la mano del borracho no es firme y tiembla. ¿Si por desgracia el corazón destrozado por una bala fuera el tuyo, amor mío? Me moriría.

Con todo, ¿tendremos que decidirnos un día a abolir el azar? Dejar de soñar. Si queremos vivir. ¡Cuánto tardas, cuánto te entretienes por el camino! ¿En qué piensas, aquí, a mi lado? Sentado en el suelo, bajo los pinos. Con el torso clavado a un árbol. Como un crucificado.

Sólo uno de nosotros debe morir.

Una joven mujer está sentada cerca del hombre inmóvil. Su falda de muselina blanca se extiende a su alrededor. Levanta la cabeza hacia el hombre. Una resolución tranquila se inscribe en el rostro de la joven mujer. La estrecha frente está enmarcada por la línea estricta de la cofia.

—Elisabeth, ¡qué fija es tu mirada!

La joven mujer escribe con esmero, en una hoja de cuaderno, una frase muy corta y clara que le pasa al joven:

“¡Hay que matar a Antoine!”

El joven escribe en el cuaderno, después de la mujer:

“Ese asunto es entre Antoine y yo.”

Por un instante, su rostro asume una extraña expresión. Una vaga sonrisa. Un breve éxtasis. ¿Es la idea de la muerte la que te fascina y te transfigura de tal modo? Lo leo en tus labios, más que oírlo.

—Hay que matar a Antoine.

Un campo cercado entre Antoine y yo. Fuera de este mundo. Hablas sin verme ni oírme. Te pones triste. Dices que hoy día la compasión se echó a perder y que eso es lo irreparable. Llegas incluso a recordarme que, en otro tiempo, en el colegio, no había niño más miserable que...

La sola palabra “colegio” me hunde de rabia, me desgarran de celos. Quisiera borrar de ti, para siempre, ese tiempo en el que no existo, ese mundo cerrado de muchachos, de misas y de latín. Pero por más que me ensimisme hurañamente y niegue tus recuerdos infantiles, poco a poco, a medida que hablas, allí está una campanita que suena, cada vez más fuerte, que rebota en mi oído. Se convierte en una navaja. Me obliga a estar atenta. Suena el despertador en un dormitorio que duerme. En pleno invierno. Aúlla que son las cinco de la mañana. Alabado sea Dios, esta tan oscuro que no distingo a nadie. El olor de guarida me agarra la garganta. Los muchachos se arrancan al sueño. Alguien enciende una vela. Formas vagas salen de la oscuridad. Pasan delante del resplandor de la vela. Producen sombras gigantescas y blandas en la pared. Tiemblan. Vuelven a hundirse en la oscuridad. Se confunden con sus sombras en la pared. La sombra de una mano esboza la señal de la cruz en el vacío. El muro inmenso, desierto, en el que se congela el salitre, de inmediato engulle esa sombra de mano piadosa. *In nomine Patris* que empieza con voz cavernosa, termina en tono sobreguido. Otra voz que es la tuya, George, un poco más mate y sorda, apenas más joven, afirma con un marcado acento norteamericano:

—Lo más duro es hundir la cara dormida en el agua helada.

Oigo romper el hielo en la vasija. Alguien llora y pide un punzón para romper el hielo. Alguien remeda la voz del mayor de mis hijos para llorar. (Antoine niño debió de tener esa voz.) Quisiera que eso parara al instante.

Miro en lo más alto el cielo claro a través del follaje oscuro. Mi mirada sube más allá de ti (a todo lo largo del árbol en el que te apoyas) hasta el estallido azul del cielo. En el suelo, las agujas rudas, rojas, olorosas. Repites que la compasión está podrida. Luego el silencio te embarga de nuevo. Recargado en tu árbol. Como si te encerraras en el centro de ese árbol con tu misterio extranjero. En tus manos crece una corteza rugosa, te cubrirá el rostro, llegará a tu corazón, te convertirá en árbol. Grito...

Vuelves la cabeza hacia mí. Para suplicarme que me calle.

Tu rostro emerge de la ausencia y se desprende de la sombra. Parece nacer

por segunda vez, más nítido y preciso. El filo de la nariz es más agudo, el brillo de los ojos es más sombrío, hundidos bajo el arco de las cejas. Tu palidez reavivada.

El verano escurre de luz. Miras tus manos adelgazadas. Las examinas con atención. Me las tiendes, abiertas y desarmadas.

—A pesar de todo, ¿tengo manos de asesino?

No obstante, ¿esperas que te tranquilice, amor mío? Sólo puedo besar tus dos manos, una tras otra. Las paseo por mi rostro, abandonadas y cálidas. Tus queridas manos de asesino.

Una especie de ritual entre nosotros. Siempre que estamos juntos en el pinar y que todavía hay demasiado luz para... Jugamos a los yacentes de piedra. Nuestros cuerpos extendidos. Simulando la muerte. El estiramiento de la muerte, su longitud definitiva. La rigidez de la muerte, su insensibilidad perfecta. Hacer el vacío absoluto. Todo lo que no es nosotros debe desprenderse de nosotros, cual hongos que se raspan de la piedra con un cuchillo. (Compañero de colegio, pobre marido.) Cualquiera otro lazo, que no sea nosotros, debe morir. El cuerpo se hiela. El corazón se vacía. Silencio. Vértigo.

Tocas mi mano. La sangre fluye bruscamente dentro de mis venas. Purificados, aliviados del mundo entero, habitados sólo por el deseo, como una llama. Rodamos suavemente, uno en dirección del otro, cuando...

Las agujas de pino se quiebran muy cerca de nosotros. Aurélie y los niños...

—*Good bye my love...*

Cómo lo dices, amor mío. Se creería que somos libres, los dos.

[...]

Lobinière, Sainte-Croix, Saint-Nicolas, Pointe-Lévis... Hace ya cuántos días y cuántas noches... Aquí estoy abandonada al frío del invierno, al silencio del invierno, al igual que mi amor. Lanzada con él por los caminos de nieve, hasta el fin del mundo. Ya no sé nada de ti, sólo este frío mortal que te devora. Me alcanza en pleno pecho. Me penetra por las uñas. Las largas noches inmóviles cerca de la ventana. Alguien invisible, fuerte y obstinado me oprime contra los cristales. Me aplasta con sus gigantescas manos. Quedo triturada. Me ahogo y me

convierto en una frágil alga. Un poco más y ya no seré más que una flor de escarcha entre los arabescos del frío dibujados en el cristal. ¡Quiero vivir! ¿Y tú? ¡Dime que aún vives! Tu fuerza. Tu resolución inquebrantable. Que te sea ligero el peso de nuestro proyecto. Que se convierta en una llama clara, que te proteja y te sostenga, durante todo el viaje... Sólo es una idea fija que es preciso encender todo el tiempo, cual faro en medio de la tempestad. Nuestro furor.

Sobre todo que no se te ocurra (tú que eres médico) querer situar el mal en nuestras venas. ¿Tal vez un coágulo? ¿Alguna mancha de nacimiento en nuestra piel? ¿El secreto de nuestras entrañas? ¿Un animalito cautivo, tal vez? Una minúscula garrapata entre la carne y el cuero. ¿El pecado? ¿Quién puede sondear los riñones y los corazones? No existe trampa lo bastante fina. Según la ley inglesa de este país conquistado, somos inocentes, mientras no se pruebe lo contrario.

El corazón que se desplaza con gran estruendo dentro de mi cuerpo. Me golpea las sienes, el cuello, el puño. ¿Mi pequeño recién nacido distingue el fuerte sabor de mi locura, en cada trago de leche espumosa que escurre de mi pecho?

—¿Cuántos cubiertos hay que poner? Justina olvidó planchar las servilletas. El pequeño Louis llora y patalea por la menor contrariedad...

Éste es justo el momento en que hay que desdoblarse sin rodeos. Aceptar esta división definitiva de todo mi ser. Exploro a fondo el placer singular de simular que estoy aquí. Aprendo a estar ausente de mis palabras y de mis gestos, sin que ninguna palabra ni gesto parezcan afectados.

Por un lado, tranquilizo el enojo del pequeño Louis. Por el otro, me absorbo en la minuciosa repetición de nombres de pueblos que están a la orilla del río. Repetir hasta la saciedad. Como se reza un rosario, cuenta tras cuenta, meditando en los feroces misterios de este mundo.



Francia se instala en América

🌀 Jean Hamelin y Jean Provencher

► **Fragmento tomado del libro *Breve historia de Quebec, puesto en circulación por estos días bajo el sello de nuestra casa editorial (Colección Popular).***

Francia necesitó tiempo para reclamar su parte del “testamento de Adán” en América. En tanto que Portugal, España e Inglaterra lanzan durante el siglo XV sus expediciones hacia el Atlántico, Francia combate en Italia y se estanca en una política mediterránea. Únicamente sus pescadores de bacalao, tras los viajes de Cabot en 1497 y 1498, frecuentan la ruta de Terranova, en la que abunda el bacalao. Sólo en 1523 es cuando Francia, sin duda aguijoneada por el retorno de la expedición de Magallanes, quien traspasó la barrera americana por el sur para alcanzar las riquezas asiáticas, se interesa en encontrar una ruta directa al Asia por el Atlántico norte.

Giovanni da Verrazano, en nombre del rey de Francia, emprende viaje hacia

1524. Es el primero en explorar el litoral del continente americano, desde la Florida hasta el cabo Bretón, al que bautiza como Francesca, en honor de Francisco I. Verrazano tuvo que interrumpir sus exploraciones en 1528, pues Francisco I, derrotado por Carlos V en Pavía, no estaba ya en condiciones de apoyarlo. Mientras tanto, Esteban Gómez y Lucas Vázquez de Ayllón plantan la bandera española en el litoral que acaba de explorar Verrazano. Este último emprende, en 1528, una nueva travesía del Atlántico, de la que no volverá jamás. La Francesca de Verrazano no habrá durado más que las rosas.

Francisco I le pide a Jacques Cartier, un navegante de Saint-Malo que, según creíase, tenía en su haber algunos viajes a Brasil y a Terranova, que continúe la obra de Verrazano y “descubra ciertas islas y países en los que se dice debe haber una gran cantidad de oro y otras ricas cosas”. Durante su viaje de 1534, Cartier penetra por el estrecho de Belle-Isle en el golfo de San Lorenzo, pues entre Gaspé, la isla de Anticosti, Terranova y el cabo Bretón únicamente ha visto tierra firme. En 1535, reconoce la configuración exacta del golfo y penetra en el río





San Lorenzo por el canal que separa Anticosti de la costa norte. Algunos guías indígenas le revelan que este río llega hasta el reino de Canadá. Cartier se dirige al poblado de Hochelaga, situado en la actual isla de Montreal y regresa para pasar el invierno en Stadaconé (Quebec). No vuelve a Francia sino hasta 1536.

Los viajes de Cartier no inauguran una ocupación sistemática del valle del San Lorenzo, aunque durante su último viaje en 1541-1542, el rey aparenta interesarse en la evangelización de los indígenas y en la colonización del país, a fin de ganarse los favores del papa. Francia está en busca del oro y de una ruta para alcanzar las Indias, pero en Canadá sólo hay cuarzo y pirita de hierro. Así pues, esta tierra inhóspita es abandonada para orientarse hacia Brasil y la Florida, donde parecen existir posibilidades de establecer una Nueva Francia. Durante todo el siglo XVI fueron los pescadores normandos, bretones y vascos quienes mantuvieron el contacto con Terranova y el golfo de San Lorenzo.

La pesca del bacalao, ocupación de temporada, no incita mucho a la colonización. No obstante, todo cambia durante el último tercio del siglo XVI con la aparición de un nuevo artículo de consumo: las pieles. Ciertamente es que, desde hacía ya varios años, los indígenas establecidos a todo lo largo de la costa del golfo trocaban ocasionalmente pieles con los pescadores de bacalao franceses. Las pieles americanas se imponen en Francia, en tanto que la moda de las prendas de piel se propaga cada vez más entre las clases pudientes. Confia-

dos en obtener interesantes beneficios, algunos comerciantes de Ruán y de La Rochelle, a partir de 1580, organizan algunas expediciones con la sola misión de transportar pieles. Ahora bien, el comercio de pieles implica la penetración en el continente, contactos frecuentes y estrechos con los proveedores indígenas e, irremediablemente, una ocupación permanente de la tierra. La fundación de Tadoussac, en 1599, por obra de Pierre Chauvin, simboliza una nueva orientación de las relaciones entre América y Francia: ésta instala su primer establecimiento comercial permanente en tierra canadiense.

El comercio de las pieles requiere de la ocupación del territorio, pero también abre la puerta a la colonización, en el sentido de asentamiento y de explotación intensivos de un territorio. Hasta entonces, efectivamente, la falta de capitales había puesto trabas a las tentativas francesas de asentarse en América; la colonización subvencionada por el Estado, como medio siglo antes en tiempos de Roberval, resultó una carga excesiva para un rey comprometido con las guerras de religión. El comercio de pieles permitió encontrar una solución a este problema: a cambio de un monopolio concedido por el Estado, una compañía privada asumiría, con sus propias ganancias, la carga de la colonización. De aquí se deriva el sistema de las compañías, aplicado por Enrique IV. Éste le otorga a Pierre du Gua de Monts el monopolio del tráfico de pieles entre los grados 46 y 40 de latitud norte.

De Monts piensa inicialmente establecerse en las orillas del río. Se instala

más bien en Acadia en 1604, donde al año siguiente funda Port-Royal. El lugar elegido acarrea numerosos inconvenientes: los ingleses lo reclaman, está expuesto a las incursiones de los corsarios y de los merodeadores y, además, se encuentra demasiado alejado de los cazadores indígenas que abastecen de pieles a los franceses. De Monts busca entonces un lugar más favorable. Envía a Champlain a realizar viajes de reconocimiento por el sur, en dirección de la Nueva Amsterdam (Nueva York), y hacia el norte, tierra adentro. En 1608 opta acertadamente por establecerse tierra adentro, en el corazón de las tribus de cazadores y al abrigo de los merodeadores. Encarga a Champlain la fundación de una *Abitation* sobre el San Lorenzo.

En su calidad de lugarteniente del señor de Monts, quien posee el monopolio del tráfico, Champlain remonta el San Lorenzo a principios del verano de 1608. Deja su barco en Tadoussac y, en una gran barca, llega frente al promontorio del cabo de los Diamantes, donde manda construir inmediatamente la *Abitation* de Quebec. De esa manera, Champlain manifiesta el deseo de Francia de echar raíces en tierra canadiense, pero no tiene en mente ningún plan de asentamiento. Antes bien, está preocupado por organizar el comercio de pieles que, desde su llegada, lo obliga a tomar en cuenta la presencia de los amerindios y a entablar con ellos relaciones sin las cuales será imposible penetrar en el continente.

La irrupción de los europeos a lo largo del San Lorenzo tiene graves consecuencias a largo plazo para los amerindios. Hacia 1600, son 225 000 en la América del norte, de los que cerca de 25 000 se hallaban en el actual Quebec. Viven en naciones, algunas de las cuales son nómadas (los algonquinos) y otras sedentarias (los huroiroqueses). Los contactos con los europeos van a romper el equilibrio entre estas naciones, socavar su cultura, diezmar a sus efectivos y expulsarlos lejos de las regiones estratégicas. En suma, la colonización tendrá por consecuencia la desaparición de la civilización amerindia.

*Traducción de Glenn Gallardo,
revisada por Arien Pellaumail*

Una amiga de Montreal

☞ **Claude Beausoleil**

Traducción de Marco Antonio Campos

Yo vengo de un continente de silencios endurecidos
allí las imágenes inventan una realidad prometida

mi lengua lleva las huellas de este salvajismo
allí brusquedades saltos elipsis vértigos zumban

nombrar las cosas para existir nombrar
gritar callarse y en la helada creer siempre

en esta fiesta en estos vuelos en los techados de ecos
que forman la tela de un surgimiento de ser

imaginar espejos e intercambios de especias
en mañanas de nieve luminosa

venimos de un continente que parcha nuestras esperanzas
tú me escribes que el tiempo es bello y que el invierno resiste

he leído en París tu poema *El chamán del norte*
diciéndome de dónde venimos hacia dónde

con frecuencia el deseo de existir es más astuto
que el deseo enfermizo de no soñar más

te escribiré pronto antes de volver
gracias por el poema y por tus palabras de invierno



• Tomado de *Latinos del norte*. Antología de poesía de Quebec, selección y prólogo de Bernard Pozier, traducción de Marco Antonio Campos y Mónica Mansour, recientemente publicado por el FCE (colección Tierra Firme) en colaboración con *Écrits des Forges de Quebec*.

Génesis del Nuevo Mundo

👉 **Gérard Bouchard**

► **Capítulo del libro *Génesis de las naciones y las culturas del Nuevo Mundo. Ensayo de historia comparada, publicado recientemente en nuestra Sección de Obras de Historia.***

Después de la Provincia de Quebec, la mirada se vuelve hacia México y Latinoamérica. Habida cuenta de la diversidad que caracteriza al continente, podría sorprender la orientación de esta investigación, la cual, partiendo de México, desemboca en Latinoamérica en su conjunto; pero creemos que, independientemente de las importantes especificidades que las singularizan, las colectividades de esa región del continente americano han compartido sueños, problemas y experiencias históricas que hacen legítimo nuestro enfoque. Además, el reconocimiento de los elementos de una trama común puede, a cambio, aclarar los destinos particulares. Es necesario precisar también que, para designar el proceso de apropiación cultural de esos nuevos espacios por los europeos entre el siglo XVI y el XX, se recurrirá al concepto de americanización o elaboración de un americanismo. Sería erróneo ver en ello una connotación normativa cualquiera (como en el proyecto de una gran nación latinoamericana, por ejemplo). El interés se centra, simplemente, en los procesos que contribuyeron a crear representaciones, identidades y pertenencias nuevas.

Ya bien conocidas, las peripecias de la conquista española han sido objeto de numerosos recuerdos con ocasión del 500 aniversario del primer viaje de Cristóbal Colón a tierras americanas. Ese acontecimiento inauguró un proceso

histórico original de reproducción cultural a distancia a partir de una fuente europea. Tres elementos componen su trama de fondo: a) una importante transferencia migratoria a partir de una población antigua convencida de su valor y su misión civilizadora; b) un territorio mal conocido, relativamente poco ocupado, que se prestaba a los proyectos de colonización y a diversas formas de explotación; y c) la existencia, en esos nuevos espacios, de una población autóctona cuya cultura, géneros de vida y organización material eran considerados por lo general como inferiores por los nuevos ocupantes. En el caso que nos concierne, España y Portugal iban a poner pie en un inmenso territorio y, en el transcurso de cuatro siglos, dirigir hacia él una corriente migratoria, alimentada pronto con muchas otras aportaciones (europeas, africanas, asiáticas, etcétera). A la larga, una nueva sociedad, una nueva civilización, habría de tomar forma; muy pronto, no obstante, su destino se encontró dividido entre sus lealtades ibéricas y las incesantes exigencias del nuevo continente. Por un lado, el prestigio de la cultura europea y su herencia institucional invitaban a la continuidad; por el otro, las restricciones de la adaptación al nuevo medio ambiente y la necesidad de transigir con la omnipresencia del indio entronaban una deriva portadora de rupturas. En conjunto, en el largo plazo —aunque con muchos matices—, parece ser que la segunda tendencia prevaleció. La forma más espectacular y menos controvertible de la ruptura con la madre patria la ofrece la trama política que caracterizó el devenir de las colectividades latinoamericanas entre los siglos XVI y XIX. En efecto, ese periodo tuvo como resultado el nacimiento, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, de una veintena de Estados-nación, que cortaron sus lazos con su metrópoli europea (España, Portugal y Francia).

No existe una medición precisa de la emigración española hacia América an-

tes del siglo XIX. Según M. Morner y H. Sims, los inmigrantes no habrán llegado a 11 000 durante el periodo de 1500 a 1650; y no existe ninguna estimación verdaderamente confiable respecto al resto del periodo colonial. Apoyándose en el conjunto de las fuentes conocidas, C. Morin y R. McCaa consignan que la población de México comprendía 62 000 habitantes de origen español en 1570 y 200 000 cuyo origen no era indio en 1650. Hacia finales del siglo XVIII, el número de blancos se evaluaba en aproximadamente 350 000. Como se puede ver, esos puntos de referencia son muy laxos, pero es necesario convenir en que el mestizaje era un serio obstáculo, entre otros, a ese tipo de estadísticas. Los datos sobre la emigración portuguesa en los siglos XVI y XVII son todavía muy pobres, debido a que una gran parte de los archivos fueron destruidos en 1755 por el terremoto de Lisboa. Se pisa terreno más firme en el caso de los siglos XIX y XX. Según parece, entre 1824 y 1924, llegaron a Latinoamérica 11 millones de europeos (hasta 250 000 por año entre 1890 y 1914) y Argentina fue la mayor receptora (46%), seguida de Brasil (33%). En conjunto, resulta que la inmigración española fue relativamente pobre y que la contribución de los otros países de Europa, aun siendo proporcionalmente más alta, se distribuyó muy desigualmente, ya que ciertos países fueron literalmente invadidos. En Argentina, por ejemplo, los habitantes nacidos en el extranjero representaban el 30% de la población en 1914, en comparación con el 14% en Estados Unidos en 1910. Brasil, por su parte, acogió a 4.6 millones de inmigrantes entre 1820 y 1935.

En lo que respecta a los indios, su geografía étnica y política ha cambiado mucho en el transcurso de su larga historia y es imposible explicarla en unas cuantas líneas (en México tan sólo, se cuenta una buena docena de culturas o civilizaciones indias en las épocas prehispánica y colonial). Para los fines de este ensayo,

bastará con una descripción muy simplificada de los tres grandes imperios o civilizaciones: los aztecas, que ocuparon casi todo el territorio actual de México; los mayas, cuya cuna fue la península de Yucatán, y se extendieron ampliamente sobre Guatemala y Honduras; y los incas, en el Perú, Bolivia y Ecuador. En todo el continente, las poblaciones indias sufrieron un ocaso espectacular después de la conquista. En Haití, al igual que en toda la región del Caribe, se puede hablar de una extinción casi total. Y lo mismo en el caso de Uruguay, Argentina y Costa Rica. En Honduras, el número de habitantes se desplomó de 50 a 95% en tan sólo medio siglo, según las regiones. La disminución fue todavía más radical en Brasil. En el caso de México, se han propuesto estimaciones bastante contradictorias de la población india antes de la conquista (de 11 a 30 millones). El número de indios parece haber descendido a un millón hacia finales del siglo XVI, para iniciar enseguida un lento movimiento a la alza (al menos tres millones a finales del siglo XVIII). Se observa un movimiento análogo, un tanto atenuado, en los Andes: 10 millones en 1530, 2.5 millones en 1560 y 1.5 millones en 1590, con una recuperación en los siglos XVII y XVIII. Dicho lo anterior, a pesar de todas las pérdidas sufridas a causa de las guerras y las epidemias, hasta el siglo XIX los indios siguieron siendo el grupo étnico mayoritario en el conjunto de Latinoamérica. Recordemos que, a finales del siglo XVI, por ejemplo, los habitantes de origen español no llegaban sino a apenas unos 150 000 en todo el hemisferio. A principios del siglo XIX, los blancos alcanzaban la cifra de cuatro millones, es decir, únicamente la quinta parte de la población.

En la mayoría de los países a que se refiere este estudio, a los habitantes de origen europeo y a los indios, se agregaban, según proporciones variables, negros y asiáticos. Estos últimos siempre han representado únicamente una pequeña minoría; pero no ocurre lo mismo en el caso de los negros, importados de África para alimentar el sistema de la esclavitud. Esa aportación demográfica fue muy superior a la inmigración blanca: aproximadamente 900 000 individuos durante el siglo XVI y 2.75 millones en el XVII. Según M. Morner, probablemente sea necesario calcular en millones el número



mero de los esclavos importados tan sólo a Brasil después de la conquista, lo cual arrojaría un total de siete millones de individuos en el caso del conjunto del continente (otras estimaciones alcanzan los 15 millones durante el periodo que va del siglo XVI al XIX). Conjugadas con una alta fecundidad, todas esas aportaciones se tradujeron en un rápido crecimiento de la población total de Latinoamérica, sobre todo a partir del siglo XVIII. Los inmigrantes alcanzaron 30 millones en 1850 y 60 millones en 1900. Ese aumento espectacular iba a proseguir en el siglo XX, gracias al mantenimiento de la fecundidad y a una baja de la mortalidad: 104 millones en 1930, 160 millones en 1950 y cerca de 280 millones en 1970. En lo que concierne más particularmente a México, de un poco más de un millón a comienzos del siglo XVII, la población total paso a cinco millones a finales del siglo siguiente, a cerca de 13 millones en 1900 y a 48 millones en 1970.

De todos esos datos demográficos, es necesario recordar sobre todo la importante diversidad que caracteriza a la mayoría de esos nuevos países. Lo vemos en la variedad de sus orígenes: indios, africanos, europeos y asiáticos; a lo cual hay que añadir la acción paradójica de las antiguas prácticas de mestizaje que, aunque es cierto que lograron fundirse ciertas diferencias, también lo es que crearon muchos tipos nuevos: cruces entre blancos e indios, entre blancos y negros, entre indios y negros y otros de "sangre-mezclada". En la diversidad

biológica tuvo lugar igualmente una impresionante diversidad étnica, a la que cada continente (Europa en particular) proporcionó su parte de especificidades lingüísticas y de costumbres. La propia población india presentaba una gran heterogeneidad biológica y cultural (han sido censados varios cientos de lenguas). Es necesario tomar en cuenta, en fin, las inevitables divisiones sociales, que se profundizaron en favor de la economía colonial: la aristocracia de los administradores reales, la burguesía criolla, las castas y todas las demás. Casi no es posible obtener las estadísticas que tomen en cuenta todos esos refinamientos. Recuérdese solamente que, a finales del siglo XVII, la población de Latinoamérica comprendía 20% de blancos, 26% de mestizos, 8% de negros y 46% de indios. En Brasil, donde los negros fueron mayoritarios durante mucho tiempo, había también turcos, japoneses, sirios y rusos, al igual que en Argentina. En Perú, a mediados del siglo XX, los blancos sólo representaban 1% de la población. También eran muy minoritarios en Venezuela, donde, en la misma época, los pardos representaban 70% de los habitantes. Lo mismo ocurría en Bolivia, el más "indio" de los países del continente, junto con Guatemala, Ecuador y Perú, y uno de los más multiétnicos también, junto con Surinam. México, en fin, no se quedaba atrás con su 60% de indios y 20% de blancos a finales del siglo XVIII. La proporción de indios descendió a 33% aproximadamente un siglo más tarde, y a entre 10 y 15% en el transcurso de la primera mitad del siglo, disminución correspondiente a un incremento de las diversas variantes de mestizos.

En ese contexto de poblamiento de una gran diversidad y de doble dependencia económica con respecto a los indios (que proporcionaban el grueso de la mano de obra en la agricultura, la industria y la minería) y de las metrópolis europeas, los miembros de la minoría blanca —principalmente los criollos— emprendieron su constitución en élite, en portavoces autorizados para elaborar representaciones globales de la colectividad, forjarle una identidad, definirle orientaciones y presidir su destino.

Traducción de Mario Zamudio



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

• DIRECTORIO DE FILIALES •

mmichaus@fce.com.mx - ventasinternacionales@fce.com.mx
 Carretera Picacho-Ajusco, 227, Col. Bosques del Pedregal, Tlalpan, C. P. 14200, México, D. F.
 Tels.: 5227-4626, 5227-4628, 5227-4672. Fax: 5227-4698 • Página en internet: <http://www.fondodeculturaeconomica.com>
 Almacén: José Ma. Joaristi, 205, Col. Paraje San Juan, México, D. F.
 Tels.: 5612-1915, 5612-1975. Fax: 5612-0710

ARGENTINA	BRASIL	COLOMBIA	CHILE
Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A. Alejandro Katz	Fondo de Cultura Económica Brasil, Ltda. Isaac Vinic	Fondo de Cultura Económica Ltda. (Colombia) Juan Camilo Sierra	Fondo de Cultura Económica Chile, S. A. Julio Sau Aguayo
Sede y almacén: El Salvador 5665 1414 Capital Federal, Buenos Aires Tel.: (5411) 47771547 Fax: (5411) 47718977 ext. 19 fceak@attglobal.net info@fce.com.ar www.fce.com.ar	Sede, almacén y Librería Azteca: Rua Bartira, 351, Perdizes, São Paulo CEP 05009-000 Brasil Tels.: (5511) 36723397 y 38641496 Fax: (5511) 38621803 aztecafondo@uol.com.br	Sede, almacén y librería: Carrera 16, 80-18 Barrio El Lago, Bogotá, Colombia Tel.: (571) 5312288 Fax: (571) 5311322 fondoc@cable.net.co www.fce.com.co	Sede, distribuidora y librería: Paseo Bulnes 152, Santiago de Chile Tels.: (562) 6972644 6954843 • 6990189 y 6881630 Fax: (562) 6962329 jsau@fce.tie.cl fdechile@ctcinternet.cl distribucion@fce.tie.cl libreria@fce.tie.cl

ESPAÑA	ESTADOS UNIDOS	GUATEMALA	PERÚ	VENEZUELA
Fondo de Cultura Económica de España, S. L. Juan Guillermo López	Fondo de Cultura Económica USA, Inc. Jaime Aljure	Fondo de Cultura Económica de Guatemala, S. A. Sagrario Castellanos	Fondo de Cultura Económica del Perú, S. A. Carlos Maza	Fondo de Cultura Económica de Venezuela, S. A. Pedro Juan Tucatz Zunino
Librería México: C/Fernando El Católico, 86 Conjunto Residencial Galaxia Madrid, 28015, España Tels.: (3491) 5432904 y 5432960 Fax: (3491) 5498652 www.fcede.es jglopezfce@terra.es	Sede, almacén y librería: 2293 Verus St. San Diego, CA. 92154, Estados Unidos Tel.: (619) 4290455 Fax: (619) 4290827 bmireles@fceusa.com www.fceusa.com	Sede, almacén y librería: 6ª Avenida, 8-65, Zona 9 Guatemala, C. A. Tels.: (502) 3343351 3343354 • 3626563 3626539 y 3626562 Fax: (502) 3324213 scastellanos@fceguatemala.com vgil@ceguatemala.com hzavala@ceguatemala.com	Jirón Berlín 238, Miraflores, Lima, 18, Perú Tels.: (511) 2429448 4472848 y 2420559 Fax: (511) 4470760 carlosmazap@yahoo.com fce-peru@terra.com.pe	Sede y Librería Solano: Av. Francisco Solano entre la 2ª Av. de las Delicias y Calle Santos Ermini, Sabana Grande, Caracas, Venezuela Tel.: (58212) 7632710 Fax: (58212) 7632483 solanofc@cantv.net
Almacén: Vía de los Poblados, 17, Edificio Indubuilding-Goico 4-15, 28033, Madrid Tel.: 91 7632800/5044 Fax: 91 7635133 fcespvent@interbook.net			Librerías del FCE en Perú: * Berlín 238, Miraflores * Comandante Espinal 840, Miraflores * Jirón Julín 387, Trujillo	Librería Fondo de Cultura Económica: Edif. Torre Polar, P. B., local "E" Plaza Venezuela, Caracas, Venezuela Tel.: (58212) 5744753 Fax: (58212) 5747442

• NUESTRAS LIBRERÍAS •

ALFONSO REYES
 Carretera Picacho-Ajusco 227,
 Col. Bosques del Pedregal,
 México, D. F.,
 Tels.: 5227 4681 y 82

OCTAVIO PAZ
 Miguel Ángel de Quevedo 115,
 Col. Chimalistac,
 México, D. F.,
 Tels.: 5480 1801 al 04

EN EL IPN
 Av. Politécnico esq. Wilfrido
 Massieu. Col. Zacatenco,
 México, D. F.,
 Tels.: 5119 1192 y 2829

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
 Av. San Pedro 222,
 Col. Miravalle, Monterrey, N. L.,
 Tels.: 8335 0319 y 71

DANIEL COSÍO VILLEGAS
 Avenida Universidad 985,
 Col. Del Valle,
 México, D. F.,
 Tel.: 5524 8933

JUAN JOSÉ ARREOLA
 Eje Central Lázaro Cárdenas 24,
 esq. Venustiano Carranza,
 Centro Histórico,
 Tel.: 5518 3231

UN PASEO POR LOS LIBROS
 Pasaje Zócalo-Pino Suárez
 del Metro,
 Centro Histórico, México, D. F.,
 Tels.: 5522 3016 y 78

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ
 Av. Chapultepec Sur 198,
 Col. Americana, C. P. 44140,
 Guadalajara, Jalisco,
 Tels.: 3615 1214
 con 10 líneas

NOVEDADES Y SUGERENCIAS DE NUESTRO CATÁLOGO

• **ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ**

A tiempo y destiempo. Antología de ensayos
Prólogo de Ramón Xirau
Sección de Obras de Filosofía

Esta obra recopila la mayor parte del trabajo ensayístico de Adolfo Sánchez Vázquez. De proverbial prestigio en los círculos académicos, el filósofo del exilio español presenta un recuento de su obra que va desde los escritos de juventud hasta su producción más reciente.

La postura crítica del autor frente al marxismo permitió avizorar el justo medio de una ideología cuando el ambiente político en México y en el continente estaba muy caldeado.

• **FINA GARCÍA MARRUZ**

Quevedo
Tierra Firme

La vida de Francisco de Quevedo y su obra son, para Fina García Marruz, un todo indivisible. Y lo aborda desde la perspectiva del siglo que le tocó vivir: un siglo lleno de contradicciones donde la opulencia y la miseria se dan la mano.

Quevedo es, para muchos, el autor español más destacado del siglo XVII. Encerrada en sí misma, España se encuentra en un período de decadencia. El idioma ha llegado a su madurez y se empieza a descomponer. Sólo Quevedo, con su característica sobriedad, dice cuanto quiere de la manera más concisa. Le imprime un sentido a la palabra, la transforma de raíz y con ello dota al idioma de una fuerza nueva.

• **JESÚS SILVA HERZOG**

Breve historia de la Revolución mexicana
Colección Popular

En esta obra ya clásica, Jesús Silva Herzog expone los momentos principales de la Revolución mexicana, narrados y analizados desde su trasfondo económico, social e histórico. A la exposición de los hechos, el autor añade una selección de documentos fundamentales para entender este episodio: planes, decretos, programas de partidos, testimonios personales, etcétera.

• **CHRISTIAN VANDENDORPE**

Del papiro al hipertexto. Ensayo sobre las mutaciones del texto y la lectura
Lengua y Estudios Literarios

Desde su advenimiento las computadoras han perturbado profundamente al texto, la herramienta que desde hace cinco mil años el hombre usa para crear, almacenar y transmitir el saber. Esas mutaciones han afectado también a la lectura. Un hipertexto no se lee, se navega; no se hojear, se surfea. Es el lugar donde se explora y se caza. ¿Cuáles serán los efectos de esta nueva forma de leer, hecha de 'clics' y de 'zappings', sobre la lectura y la escritura? ¿Qué cambios producirá en el lector y en el escritor?

• **JOSÉ G. MORENO DE ALBA**

Suma de minucias del lenguaje
Lengua y Estudios Literarios

En esta nueva entrega, *Suma de minucias del lenguaje*, Moreno de Alba reúne sólo los artículos que por su relativa brevedad y por su contenido monográfico sobre un muy particular asunto lingüístico (con frecuencia de carácter léxico) merecen con justicia el nombre de minucias. Están tomados tanto de las *Minucias* de 1992 cuanto de las *Nuevas minucias* de 1996, y el autor añade algunas decenas de notas inéditas hasta ahora, redactadas después de 1996.

• **ELISEO DIEGO**

Obra poética
Tierra Firme

Adentrándose en las cosas más humildes, en el polvo, en la pobreza misma, la poesía de Eliseo Diego llega a erigirlas. Más el alma no erige, sino que recoge; no construye, sino que abraza; no fabrica, sino que sueña. Poesía la de Diego que resulta tan sólo de una simple acción: prestar el alma, la propia y única alma a las cosas.

MARÍA ZAMBRANO

• **JAVIER ECHEVERRÍA**

La revolución tecnocientífica
Fondo 20+1

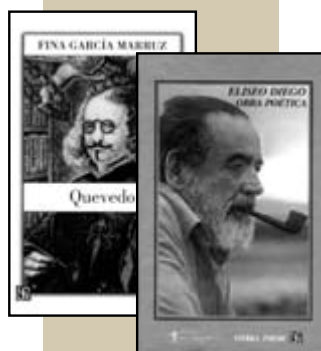
Tras analizar con detalle el desarrollo de las macrociencias y tecnociencias en el siglo XX (proyecto Manhattan, primeros ordenadores, exploración espacial, nuevas tecnologías de la información, proyecto Genoma, etc.) y caracterizarlas filosóficamente, este libro se centra en el análisis de la actual estructura de la práctica científica (informe Bush, sistemas nacionales de ciencia y tecnología, nuevo contrato social de la ciencia) y en la pluralidad de valores que guían la actividad tecnocientífica.

• **MICHAEL LÖWY**

Walter Benjamin: aviso de incendio. Una lectura de las tesis "Sobre el concepto de historia"
Serie de Obras de Política y Derecho

"Sobre el concepto de historia" es uno de los textos filosóficos y políticos más importantes del siglo XX y también uno de los más incomprendidos. Walter Benjamin escribió estas tesis a principios de 1940, poco antes de que decidiera suicidarse para no caer en manos de la Gestapo.

Michael Löwy sitúa este documento enigmático en la totalidad de la obra benjaminiana y estudia las disímiles fuentes de su original filosofía de la historia: el romanticismo alemán, el mesianismo judío y el marxismo.



Obras reunidas 1

El tañido de una flauta y Juegos florales

• COLECCIÓN TEZONTLE •

SERGIO PITOL

En 1967, Sergio Pitol asistió a la premiación de los juegos florales que anualmente se celebraban en la ciudad de Papantla, al pie de la Sierra Madre Oriental mexicana. Algo ocurrido allí le sugirió la historia de *Juegos Florales*, cuyo primer borrador trazó esa misma noche. Pensó que terminaría la novela en un par de meses, pero le faltaban muchos años para resolverla. "La historia parecía fácil; la realización fue infernal."

Días más tarde partía para Belgrado. Aquellos meses en Belgrado fueron pródigos. "Mientras escribía la novela corta, esbozaba temas para otros relatos y novelas... Decidí hacer con algunos de estos temas una novela muy amplia... Seguí escribiendo *Juegos florales*, pero también tres historias... Es decir, escribía cuatro novelas cortas a la vez; a las pocas semanas advertí que las tres nuevas lograban hallar puntos de encuentro, que sus personajes podían transitar con fluidez por los diferentes espacios y los hilos de las tramas tendían a trenzarse. Las tres historias se transformaban, cobraban vida...; la novela parecía un animal que crecía y jugaba a las metamorfosis cada momento. Ya no pensaba en tres historias hermanas, sino en una absoluta unidad. Encontré el título: *El tañido de una flauta*." En cambio, *Juegos florales* "se entiesaba cada vez más..., terminaba siempre en letra muer-



ta". Confiado en que el instinto y la inspiración son las mayores armas del escritor, decidió dejarla dormir un tiempo. Casi 10 años más tarde, al terminar los relatos que conformarían *Nocturno de Bujara*, y durante un descanso en Roma, un incidente dramático propició el momento creador: "Al día siguiente, por la tarde, me senté a mi mesa de trabajo. Unas horas después había terminado de escribir el primer capítulo de *Juegos florales*... Era la misma historia de siempre... Pero al mismo tiempo era otra novela".

Juegos florales "es un conjunto de historias entremezcladas", un rompecabezas que el lector tiene que armar, donde le es permitido "jugar, hacer trampas y componendas".

El tañido de una flauta, por su parte, es un homenaje a las literaturas germánicas, en especial a Thomas Mann y a Herman Broch. "El tema central es la creación... la literatura, la pintura, el cine... La novela absorbió la relación entre el artista y el mundo. Su signo es la creación."



Sergio Pitol, *Obras reunidas 1. El tañido de una flauta y Juegos florales*, FCE, 2003 (Colección Tezontle).

• **NUESTRA DELEGACIÓN EN GUADALAJARA:** Librería José Luis Martínez, Avenida Chapultepec Sur 198, Colonia Americana, Guadalajara, Jalisco, Tels.: (013) 3615 1214, con 10 líneas •

• **NUESTRA DELEGACIÓN EN MONTERREY:** Librería Fray Servando Teresa de Mier, Avenida San Pedro 222, Colonia Miravalle, Monterrey, Nuevo León, Tels.: (018) 8335 0371 y 8335 0319 •

ORDEN DE SUSCRIPCIÓN

Señores: sírvanse registrarme como suscriptor de *La Gaceta* por un año, a partir del mes de: _____

Nombre: _____
Domicilio: _____
Colonia: _____
Ciudad: _____ C. P.: _____
Estado: _____ País: _____
E-mail: _____

• **SUSCRIPCIONES NACIONALES:** Remitir cheque a favor del Fondo de Cultura Económica por costos de envío por la cantidad de \$150.00. O, en su caso, ficha de depósito al fax (55) 5449-1827. Este depósito deberá hacerse a la cuenta No. 51908074799 del Banco Santander Mexicano, sucursal 07, plaza 001.

• **SUSCRIPCIONES AL EXTRANJERO:** Adjuntar giro postal o cheque por la cantidad de 45 dólares.

(Llene esta forma, recórtela y envíela a la dirección de la casa matriz del FCE: Carretera Picacho-Ajusco, 227; Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, C. P. 14200, México, D. F.)
www.fondodeculturaeconomica.com

